LA CALUMNIA Y LA DIFAMACIÓN

Podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que nadie se ha visto libre de las garras de la calumnia; pero por mucho que ofendan los efectos de la calumnia, no perjudican en absoluto sino cuando los acompaña la mal intencionada difamación.

La calumnia hiere la honra con un solo golpe: la difamación se complace en martirizar al que es víctima de una imputación falsa.

Los rivales de iguales fuerzas y de idénticas aspiraciones se calumnian; pero los serviles de pobre inteligencia y de mezquinas pasiones difaman. La calumnia es hija de una baja emulación, la difamación lo es de la vileza de la impotencia. El calumniador puede ser un ilustrado y ciego ambicioso. El difamador es un audaz y perverso envidioso.

Tanto llegan á odiarse dos hombres eminentes, pero émulos entre sí, que no perdonan medio para herirse en su amor propio, y creyendo poca ofensa los insultos, llenos de cólera se calumnian y tras la calumnia viene el atropello; pues bien, á pesar de esto y estando á punto de matar ó morir, pueden tener una franca y leal explicación que los lleve á una reconciliación sincera. Si el calumniador se retracta, el calumniado olvida y con el trato y un buen comportamiento se extinguen por completo los agravios y desaparecen los rencores.

El calumniador no ofende por cálculo sino por ímpetu y no es cobarde; lo que él desea es no ser indiferente á los ojos del que lo tiene en poco, y pronto á ponerse frente á frente de su adversario con las armas en la mano, acepta una transacción honrosa.

Los que no pueden llegar á la altura de los hombres eminentes, procuran matar reputaciones ajenas para elevarse ellos, y se hacen eco de todo lo que tiende á la difamación de los demás. Estos seres de pobre espíritu y de corazón pequeño, gozan cuando provocan el escándalo contra la bien sentada reputación de algún hombre virtuoso y trabajador. Si se les pide explicación de la calumnia que

cometan, contestan que ellos no tienen la culpa de haberla oído proferir y que no pueden hacerse solidarios de ajenas invenciones. Rehuyen toda responsabilidad, pero se complacen en divulgar las calumnias.

Se me objetará que describo al calumniador con muy nobles sentimientos, sin duda para rebajar demasiado al que goza dando vuelo á la difamación, pero esto no es verdad; píntese como se quiera el origen de la calumnia, siempre será más bajo y más digno de castigo el que la propala que el mismo calumniador.

Veamos otro ejemplo: en un grupo de murmuradores, una persona que por su comportamiento social no es digna de mucho respeto, y que ni su talento natural ni su ilustración la pueden poner á gran altura ante la pública opinión, se ocupa en desprestigiar á un ausente, y sin conocer las consecuencias de la calumnia, inventa alguna superchería que tiende á poner en duda la honra de aquel de quien se murmura; pues bien, ha bastado esto para que los otros que están oyéndolo se complazcan en divulgar aquella mentira que rebaja el buen crédito del calumniado; gozan dando como cosa cierta la infamia lanzada sin prever los resultados, y que divulgada por los difamadores, llega á ser causa de la perdición de una familia de pundonor y acrisolada virtud.

Para el hombre de rectitud notoria que acostumbra hacer examen de conciencia, dándose cuenta continuamente ante su razón de todos sus actos públicos y privados, no hay nada que más le ofenda que el que duden de su honradez, y es capaz de atropellar la amistad y hasta los lazos sociales más sagrados, cuando se convence de que su buen nombre es juguete de la difamación.

La calumnia puede despreciarse muchas veces, pero no es posible que nos hagamos indiferentes, á los efectos de la propia difamación.

Suele suceder que el que lanza la calumnia, haga también el oficio de difamador, en cuyo caso, el que así se conduce, se convierte en un monstruo de perversidad; aunque por lo general el que difama quiere tener un editor responsable y le gusta dirigirse al público con un *esto se dice* ó con un *fulano afirma*, para no afrontar nunca las fatales consecuencias de aquello que divulga. El difamador es tan mañero como cobarde.

Aborrezcamos al calumniador, pero convencidos de que son más perniciosos los que se hacen un deber en dar vuelo á la calumnia, castiguemos ahora y siempre al que se complace en ser difamador.

VICENTE R. JORDÁN.

ENFERMO

Llegó el doctor y el pulso entorpecido
muy serio me tomó;
luego del corazón oyó el latido
y la frente arrugó.

—La fiebre aumenta, aumenta, y el reposo
la tiene que calmar,
exclamaba el galeno sentencioso
volviéndose á alejar.

Y el muy sabio y muy torpe no sabía
por qué, al silencio aquél,
más la fiebre en mis sienes se encendía
con ímpetu cruel.

Y tornaba; y el pulso consultado
con íntima atención,
—¡Usted, decía, usted ha conversado:
por eso es que empeoró!

Y mi madre adorada, vigilante
no me dejaba hablar;
y velando mi sueño á cada instante
se hallaba sin cesar.

—Que el enfermo no hable, mi señora,
pues juega su existir;—
y la pobre alejaba á toda hora
todo el mundo de mí.

—Nadie le ve; no habla,—le decía
al galeno después;
y el doctor la cabeza sacudía
á sus sospechas fiel.

No me vigiles, madre, en adelante;
no se inquiete, doctor:
la persona con que hablo á cada instante
está en mi corazón.

F. SOTO Y CALVO.

BACO



—¡Los dos me han preso, y por Dios,
que cómo cedí aún no sé!
—¿Por borrachera?
—¡Sí, á fe!
¡están borrachos los dos!

SONETO

Por álamos y sauces circuïda,
con su pajizo techo se presenta,
la campestre ramada donde cuenta
viejo cantor su trabajosa vida.

Su doliente guitarra vibra herida
de un sentimiento que ocultar no intenta,
y oye la turba silenciosa, atenta,
su canción la más dulce y más sentida.

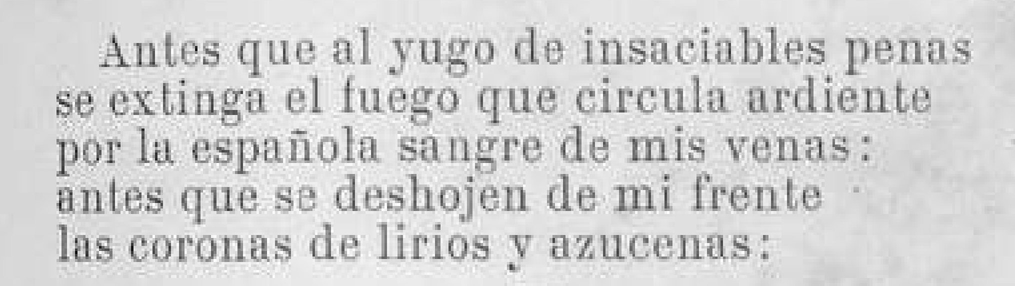
Viejo, errante, cansado, con firmeza
vence la pena que su ser desgarra;
mas después, cuando aumenta su tristeza

y la muerte infeliz de su hijo narra,
no puede más, y dobla la cabeza,
con su llanto bañando la guitarra!

1888. SEGUNDO I. VILLAFAÑE.

Amor eterno

I



Antes que al yugo de insaciables penas
se extinga el fuego que circula ardiente
por la española sangre de mis venas:
antes que se deshojen de mi frente
las coronas de lirios y azucenas:

—

Antes que con horribles carcajadas
la muerte, ó la vejez, vengan airadas,
á convertir en noches del espanto
las que á la luz de su cariño santo
fueron siempre celestes alboradas,

—

Quiero cantar á la argentina diosa;
á la mujer sublime y cariñosa
que, fuente de purísimos anhelos,
ha sabido por buena y por hermosa
ser digna de mi amor y de mis celos.

II

Vén á mí, vén á mí: la alondra canta
sus últimas endechas á la tarde
en regalada nota que me encanta,
y todo en la natura se abrillanta
al sol divino que en tus ojos arde.

—

Vén á mí, vén á mí: quiero un momento,
juntas tus manos á las manos mías,
hablarte, ¡oh niña! con el dulce acento
que roba el hada del poeta al viento
saturado de dulces armonías.

—

¿Te acuerdas? ¡Ay! En la gentil ribera
que baña el Plata con su linfa pura,

y al aire la encendida cabellera,
te ví como se ve la primavera
en todo el esplendor de su hermosura.

—

No era humano aquel ser que yo admiraba
cual tesoro de gracias peregrinas
y que en éxtasis santo me embargaba;
era la Venus que mi amor soñaba
saliendo de las aguas cristalinas.

—

¿Cómo pintarla? Nunca... Empresa vana...
no se puede pintar con lengua humana
el tipo celestial de una belleza,
que sólo Dios realiza en su grandeza
para alumbrar á la conciencia humana.

—

Vén á mi, Léila, vén. Tú eres la vida
del alma errante que á la tuya unida
desprecia los embates de la suerte,
y se levanta en su Calvario erguida
sin temor á las sombras de la muerte.

—

Tú eres la virgen que á mi fe te inmolas;
la mártir santa que en el circo á solas,
si oyes del león las quejas lastimeras
y de la mar de sus pasiones fieras
sientes bullir las encrespadas olas,

—

De níveo azahar y de jazmín tejido,
cual tesoro de griegas perfecciones,
le abres sumisa de tu pecho el nido
y á sus ansias de amor y á su rugido
el yugo blando de tus besos pones.

—

En tí reside de mi Dios la esencia
y en tí de mi fortuna la existencia;
pues he aprendido en tí, por alto modo,
una sola verdad: dice tu ciencia
que, teniéndote á tí, lo tengo todo.

—

¡Oh mujer sin igual! ¿No ves cuán leda
el aura mueve en el jardín frondoso
rústicos hilos de flotante seda,
con que labra el gusano, cuidadoso,
la triste cárcel donde muerto queda?

—

Así nuestras dos almas que palpitan
del mismo amor al celestial arrullo,
serán felices si al gusano imitan,

y en místicos arrobos depositan
su perfume inmortal en un capullo.

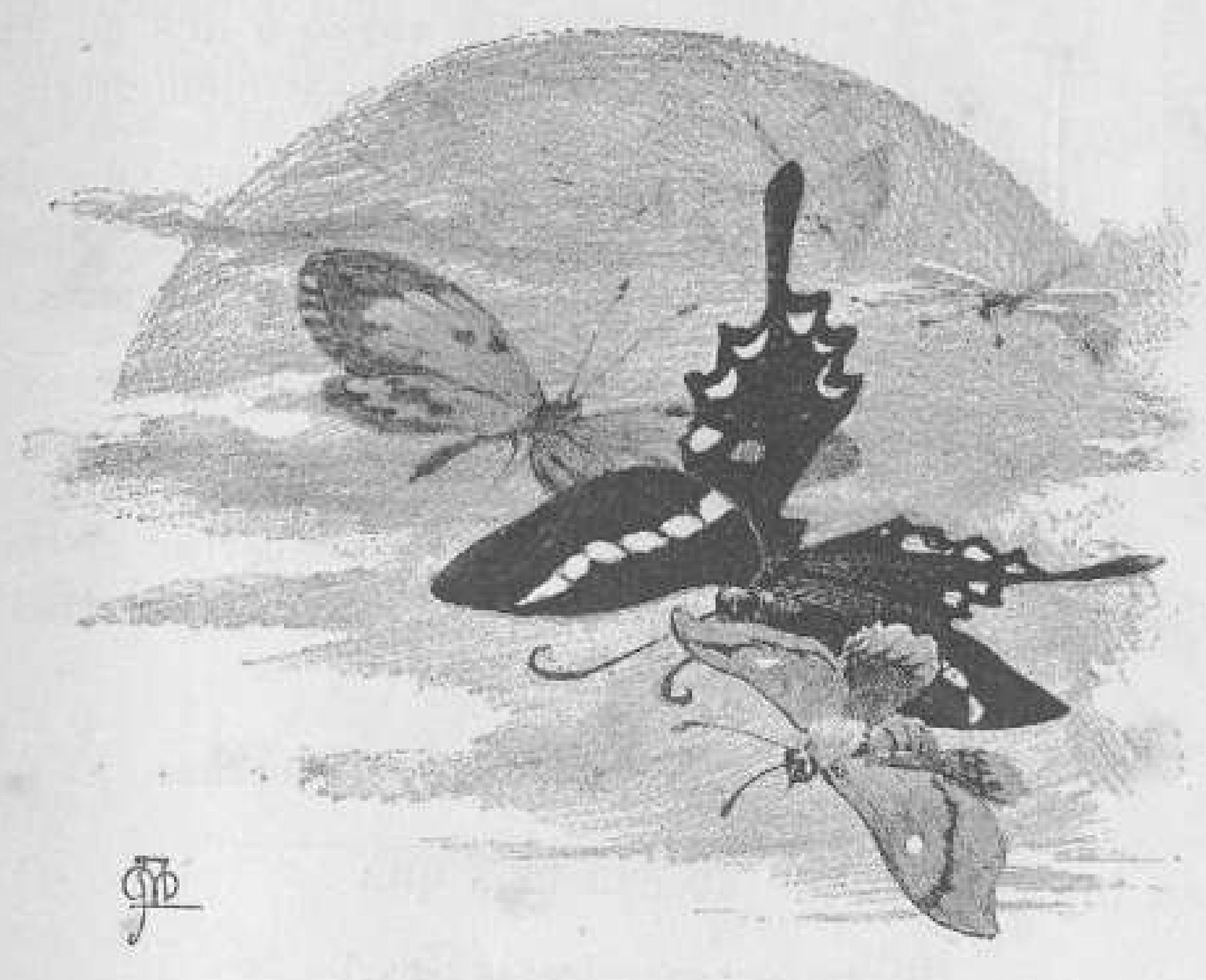
—

Y cuando en busca de mejores galas,
mariposa, la larva, tienda el vuelo
roto el espacio de mezquinas salas,
en mí tomará carne, en tí las alas
para subir á la región del cielo.

J. J. García Velloso.

Buenos Aires, abril 1888.





FLORES DE LA TARDE

Corona juvenil y esplendorosa,
de blanco lirio y encendida rosa,
al sol naciente ciñe la mañana;
y, cuando el sol en los confines arde,
su espléndida corona de oro y grana
prende á tus sienes, temblorosa tarde.

Así mi musa, al comenzar el día,
dió al tierno amor sus prematuras flores,
y las recibe con la tarde fría.
Ilusión de ilusiones fué mi encanto,
rotos celajes fueron mis amores,
y hoy, á la tarde, mis recuerdos canto.

Eduardo de la Barra.

Santiago de Chile.

FÁBULA RUSA



De cuando en cuando no huelga una muestra de ilustración en idiomas.

Un verso ó dos en francés, aunque sea elemental, como aquello:

«Deux noms encore fameux,
Brunequilde, Fredegonde,
ont marqué cett'époque
en fortfaits si féconde.»

O algo en italiano anterior, contemporáneo ó posterior al Dante y aun mejor del propio señor Alighieri, como:

«Lasciate ogni speranza..»

O en inglés, aunque no sea más que

Steeple-chase, sleeping-cart.

Teniendo en cuenta lo que adorna el conocimiento, aun cuando sea de vista, de varios idiomas, he dado en cultivar el ruso, porque le considero como el idioma del porvenir.

En un periódico ruso de medicina he leído en francés, gimnasia que revela mi facilidad en franco-ruso, una fábula interesante.

Las moscas, insectos utilísimos, según los higienistas, son las primeras víctimas de las falsificaciones.

Estas eran cuatro moscas honradas que no tenían qué comer.

No digamos que esto sea consecuencia de aquello, pero coinciden á las veces ambas circunstancias.

Eran cuatro moscas honradas que pensaban en comer.

Había llegado la hora, y carecían de medios para satisfacer su apetito.

—Los calvos, opinaba una, han venido á menos, es

decir, han venido á más; pero no son tan sustanciosos como los calvos de nuestras mayores: aquellos calvos reverendos eran más sustanciosos que los pelones nuestros contemporáneos.

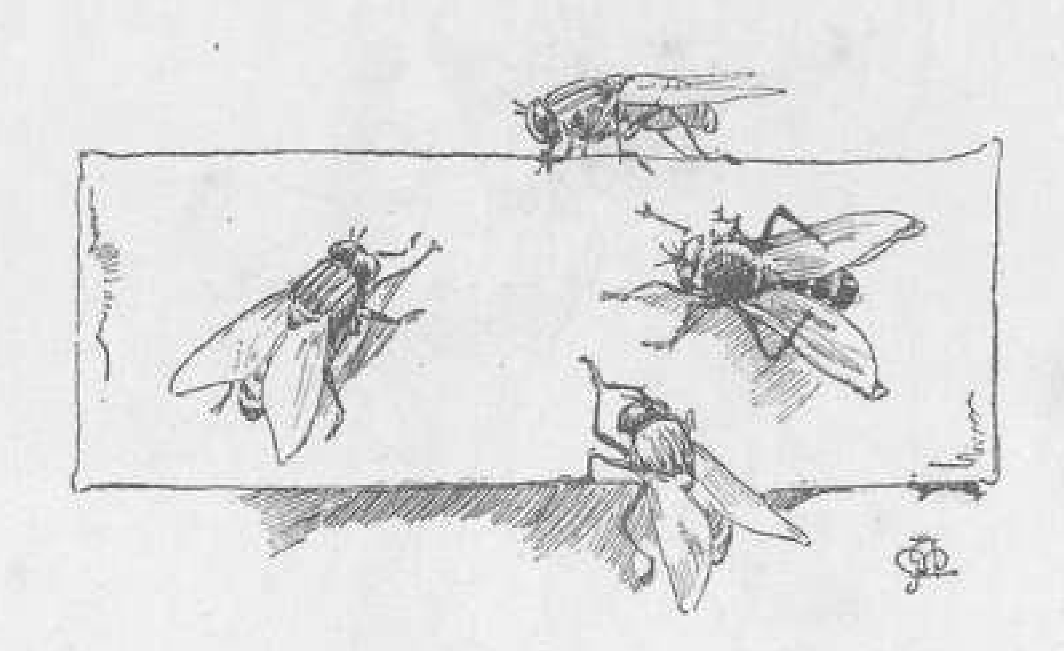
—Las cuatro juntas no podremos penetrar en restaurant alguno, porque nos expulsarían.

—Los hay en los cuales nada encontraríamos, porque lo habrán devorado nuestras compañeras: sinnúmero de ellas comen todos los días en varios puntos.

—Propongo que entremos en una taberna.

—¿Para vernos atraídas por algún plato asqueroso de bacalao en salsa?

—Mejor es caer en una confitería sobre alguna bandeja con merengues, propuso otra.



—Nunca, replica otra, que, cuando menos se piensa, entra un chiquillo goloso, y no repara en moscas ni en moscardones... ¡Ah! Verse sepulta en un panteón de movimiento será horrible. ¡Bullir dentro de una salchichería en vivo!

Las cuatro moscas enmudecieron.

—Así son los hombres, zumbó una después de algunos segundos de silencio. Cada cual tiene sus ideas y sus planes y sus aficiones.

—Así nacen los partidos políticos.

—No podemos continuar juntas.

El humo, que como nube producía un tabaco de perro grande, cuya combustión mantenían dos labios absorbentes de tahonero asturiano, terminó la sesión.

Las cuatro moscas huyeron despavoridas, y se separaron unas de otras sin despedirse.

Una de ellas se detuvo en la puerta de una confitería.

La puerta estaba entornada y el interior del establecimiento á media luz.

No saludó al entrar por modestia.

Se dirigió al escaparate, y aprovechando un descuido, penetró.

—¿A que no hay una de coco? se decía revoloteando entre las yemas y tropezando con algunas compañeras.

Por fin dió con una ciruela escarchada y allí se detuvo.



Pero la ciruela era falsificada y la mosca murió de cólico de *Il Trovatore*, sufriendo horribles angustias.

Otra de las cuatro moscas entró en un café, y volando volando se detuvo en una mesa donde tomaba café un caballero que parecía una momia egipcia, con la nariz como una esponja y dos orejas de gala colgantes de largas, los ojos como dos lagunas de asfalto y un bigote largo en forma de guindilla.

Ver á la mosca y sacudir un palo en el velador fué obra de un momento.

—¡Qué animal! murmuró la mosca al oído del caballero, escapando de sus garras.

Después se posó en un lago de café con leche que había derramado en la mesa un parroquiano.

Pero el café y la leche eran falsificados y la infeliz murió en pocos segundos.

Entretanto otra de las moscas halló golosina y muerte en un restaurant.

Pasó á cierta distancia sobre un plato de pescado que habían servido á unos caballeros, y cayó como herida por un rayo al aspirar solamente aquellas emanaciones.

No hay que decir si el pescado sería ó no falsificado.



La cuarta mosca era la más animal, y fué, por consiguiente, la más afortunada.

En un establecimiento de ultramarinos penetró y vió en un escaparate, entre quesos en varios idiomas, pastas, orejones y demás *manufacturas*, una copa llena de un líquido para matar moscas, según anunciaba el inventor.

Con cierta timidez asomó al borde de aquél, para ella estanque sin fin, y resbalando, resbalando, llegó á la superficie del líquido.

Aspiró nuevamente y notó que era un licor muy gustoso.

Repitió la absorción y tornó á repetir, y á cada sorbo hallaba más agradable sabor en el líquido.

Un muchachuelo recién declarado comerciante, ó, mejor

dicho, aspirante á dependiente, observaba en su ocio á la inocente mosca, que se embriagaba en aquel néctar mortífero.

—Tú morirás, murmuraba el chico.

Y la mosca le miró como si hubiera comprendido las palabras del chico, y replicó frotándose las manos y acariciándose las orejas.

—Ya quisieras tú poseer mi entendimiento, gaznápiro.

Cuando se hartó, elevó el vuelo y abandonó aquella mar deleitosa, proponiéndose volver después ú otro día.

Aquel líquido era una falsificación del verdadero matamoscas.

Traducido del ruso por N. N.

CATTIVO TEMPO

Del nido que alegró la primavera
huyeron en tropel las golondrinas:
entre gasas de lluvia y de neblinas
oculta el sol su roja cabellera.
Derrama desbordado en la pradera
el arroyo sus ondas cristalinas,
y, rodando por valles y colinas,
las hojas dan su música postrera.
Sólo en el viejo muro carcomido,
que amante ciñe con abrazo tierno,
teje la hiedra su dosel florido,
emblema acaso del dolor eterno,
cuyas flores, la duda y el olvido,
gala son del otoño y del invierno.

MANUEL DEL PALACIO.

EPIGRAMA

(IMITACIÓN DEL ITALIANO)

¿Por qué tan flaca esposa elegiría
el médico Polar?—Por su pereza.
Ha querido en su pieza
y en su esposa estudiar anatomía.

GUILLERMO MATTA.

LEAL Y BÁRBARA



—*Leal* desde que nació
este perro se ha llamado,
y por Dios que lo ha acertado
el que así lo bautizó.
—Con mi suegra pasa igual;
Bárbara la bautizaron,
y por Dios que lo acertaron
en la pila bautismal.

ALBERTO LLANAS.

LOS DOS ESCLAVOS

(FÁBULA)

Un esclavo, que ostentaba
al cuello cadena de oro,
á otro esclavo, su tesoro,
con orgullo le mostraba.
Éste nada contestaba,
hasta que al fin, con gran pena
y sin dejar la faena,
dijo: — *Tu candor alabo:*
¿piensas que no eres esclavo
porque es de oro tu cadena?

DANIEL BARROS GREZ.

Santiago de Chile.

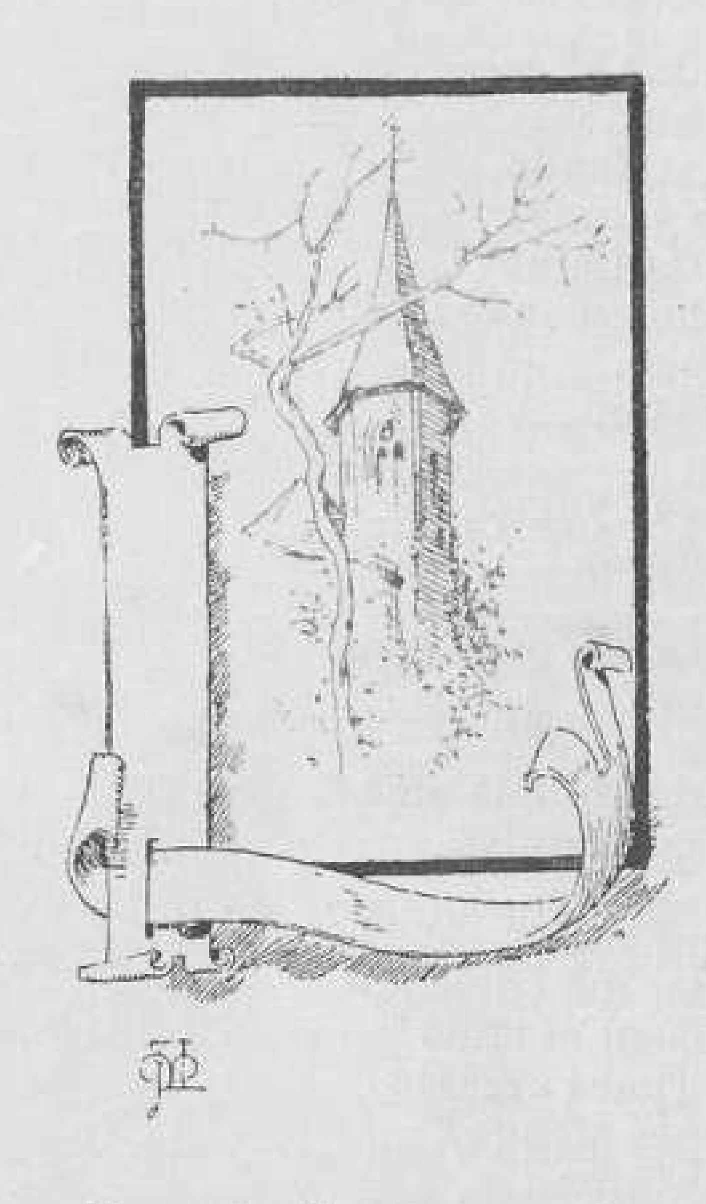
EL ÚNICO SECRETO

No la conocía: un día
dichosa casualidad
me presentó á Soledad;
sonrió, al verme, sin falsía,
y amable en extremo, y franca,
tendióme su mano breve,
que creí de rosa y nieve
por lo rosada y lo blanca.
Pronto observé, no sin pena,
en su frente de querube,
no sé qué siniestra nube
de tristes misterios llena.
Y aun cuando me dí á pensar,
su amarga expresión al ver,
me quedé sin comprender
la causa de su pesar.
—¿En qué piensa usted? me dijo
sonriéndome con dulzura.
—Quizá en una desventura...
—¿Qué dice usted? no colijo...
—¿A qué fingir, Soledad,
quietud dulce y venturosa?
usted sufre y no es dichosa...
—¡Ah!... ¡silencio, por piedad!
—Que huyó para usted la calma
claro dicen sus sonrojos...
por el cristal de sus ojos
he visto el fondo de su alma.
—Pues bien... ¡sí! el destino fiero
me unió á un hombre fementido
á quien mi pecho ha querido
con amor dulce y sincero.
Mas engañóme el traidor
con otra infame mujer
y el cándido amor de ayer
sentí trocarse en rencor.
Rencor que mi alma no acalla
y á cuyo influjo fatal
seré... ¡hasta criminal!
pues tal mi pecho avasalla
al mirar tanto cinismo,
que, por el mal atraída,
me siento ya suspendida
entre el cielo y el abismo!
—¿Por qué perder la esperanza
de ser feliz á su lado?

—Es que mi pecho, agraviado,
sólo sueña en la venganza.
El amor que un día, necia,
puse en él, ¿de sí no arroja?
¡pues que el amante recoja
lo que el esposo desprecia!
—Luche usted... no hay heroísmo
en dejarse así vencer.
—¿Luchó él?
—¡Es que al caer,
la mujer rueda al abismo!
—Pues rodaré hasta su fondo,
aunque pierda honor y fama;
de otro amor la intensa llama
há tiempo en mi pecho escondo;
y pues al infierno plugo
en mí encender tal pasión,
sin necia vacilación
doblo el cuello al nuevo yugo.
—Y ese amor de Satanás,
¿quién le inspira?
—Quien me adora
y por mí suspira y llora
sin esperanza, quizás.
—¿No le ha dicho usted que le ama?
—Hasta hoy á su ruego esquiva
me mostré, mirando, altiva,
por mi honor y por mi fama.
Mas ya que en su amor me enciendo...
—¡Por Dios! ¡selle usted el labio!
—¿No me agravian? ¡pues agravio!
¿no me ofenden? ¡pues ofendo!
—¿Y no teme usté el furor
del esposo á quien injuria?
—Huiré lejos de su furia
pues alas tiene el amor.
—Medítelo usted con calma...
—¡Que en tal idea se goce
quien los secretos conoce
más íntimos de mi alma!...
¿Vivir con mi esposo? ¡no!
bella y joven, aun seré
feliz...
—¿Qué edad tiene usté?
. . . .
Soledad enmudeció.

CASIMIRO PRIETO.

ENTRE DOS CATACLISMOS



I

La última hora de un hermoso día de Octubre había sonado con el tañido del *Angelus* en las torres del Callao, entonces bella y populosa ciudad guardada por almenadas murallas.

El rojo fulgor de occidente desvanecíase en violados tintes; las primeras estrellas comenzaban á asomar en el azul del cielo; la brisa callaba, y el Océano, inmóvil, yacía entregado á un extraño reposo.

Pero si el viento y el mar dormían, la ciudad bullía con el fragor de ruidosas bacanales.

Hacía largo tiempo, era ésta una moderna Sodoma, que escandalizaba á la metrópoli con la espantosa corrupción de sus costumbres.

En vano los predicadores, de lo alto del púlpito, se desgañitaban llamando al pueblo rebelde á la penitencia, amenazándolo con la ira de Dios y los tormentos eternos.

Aquellos descreídos reían de las llamas, plomo derretido, sapos, culebras y demás accesorios del infierno; y en el atrio mismo de los templos, formando rondas, danzaban al son de sacrílegos cantos.

II



Al fondo de una callejuela solitaria, vecina á las murallas, una joven, sentada en el umbral de una puerta, trabajaba en una labor de aguja, á la última luz del crepúsculo.

De vez en cuando levantaba los ojos para dar una mirada á los amarillentos celajes del ocaso y volvía á su obra con presuroso afán.

—¡No veo ya! exclamó de pronto, deteniendo el movimiento rápido de la aguja. Se acabó la luz de Dios... Con ella este pespunte, es cierto; pero faltan coser los lazos.

Y entrando á tientas en el cuarto, sopló sobre dos tizones medio consumidos en un brasero de cobre, y encendió una vela de sebo, cuya remisa claridad alumbró un taller de zapatero, y el agraciado rostro de una mulata vestida con un faldellín de lana raído, pero en extremo limpio, como todo en aquella pobre morada.

La mulata, lavadas sus manos, que enjugó en la orla de su delantal, sentóse delante de una mesita cargada de hormas, leznas y otros utensilios del oficio, y tomó de nuevo su labor.

Era un zapatito de raso blanco bordado de oro y empinado en un tacón forrado con tisú color de grana.

La mulata fué á buscar el compañero en los anaqueles

de una alacena, y colocándolos el uno al lado del otro, púsose á contemplarlos con amor.

—¡Quién fuera blanca, decía, para tener ese pie!.. ¡y marquesa, para calzar con legítimo derecho estos blasonados dijes!... ¡y rica para costear la pedrería de su bordado! ¡Rica!... ¡Ja, ja!... Risa da de pensarlo... Y sin embargo, ¿por qué no? diría cualquiera. El trabajo es un



tesoro, y tú vives trabajando sin tregua ni descanso. ¡Oh! sí, pero ahí está mi marido con sus dos engullideras: el garito y la taberna. Así andaría yo si no fuera por mi extremado aseo, y las flores que la vecina huerta me alarga, como una limosna, de lo alto de la pared.

Y la mulata paseaba la mano sobre su rizada cabellera, toda constelada de blancos jazmines.



III

¡ESTEFA! dijo una dulce voz en el dintel de la puerta.

—¡La señora marquesa! exclamó la mulata, levantándose presurosa, á tiempo que una dama de gentil apostura, medio cubierto el rostro con las blondas de su mantilla, se deslizaba furtivamente en el taller.

Vestía una ancha saya de terciopelo negro y un casaquín de la misma tela, severamente abotonado; pero cuyas mangas y gorguera dejaban admirar, entre vaporosas malinas, un cuello largo, fino, redondo, blanquísimo, y unas manos de reina.

—¡Ah, señora marquesa! ¡Vuecencia misma en busca de su calzado!...

—¡Silencio! exclamó la dama interrumpiendo á la mulata. No he venido por eso... Pero alguien estaba aquí contigo.

—No, señora marquesa: estaba sola.

—Pues ¿con quién hablabas?

—Con mi suerte, señora marquesa.

—¡Con la suerte! Y ¿qué tenías que decirla?

—Quejábame de ella. ¡Ah, señora marquesa! ¡Gracias á Dios, vuecencia ignora lo que es tenerla por enemiga!

—¡Quién sabe, hija mía, quién sabe!... Mas dejemos á la suerte con su ceño ó sus sonrisas... y pues que miro aquí listo este par de joyas, probémoslo.

Y la bella marquesa puso con desenfado, uno después de otro, sobre la mesa sus pies de sílfide, que calzaron holgadamente los lindos zapatitos. Su dueña los contemplaba con una mirada de orgullo.

—¡Encantadores! decía; ¡deliciosos! En el sarao que se apresta para el natalicio del rey, habrán de estar admirables bajo la falda de tisú blanco, recamado de oro.

—¡Y sobre la media calada! añadió la mulata. ¡Figúrese vuecencia!... Mas, lo que es ahora, la señora marquesa me permitirá guardarlos para llevárselos á Lima el día mismo de la fiesta, sahumados, en una bandeja de mixtura.

—Eres muy amable, Estefa; pero entretanto, vé á mi casa de verano, donde hace tres días está el marqués, sin darme acuerdo de sí; llama á Mauricio, el portero, y dale orden de alejar con maña á los criados, porque quiero entrar secretamente y pasar allí la noche.

La mulata se apresuró á obedecer; pero en el momento



que se echaba el rebozo de flanela, una voz aguardentosa hízose oir no lejos cantando un refrán impío.

—¡Mi marido! exclamó la mulata retrocediendo espantada.

—¿Borracho?

—Sí, señora marquesa.

—Pues me escabullo y entraré en casa como pueda.

Era tarde. Cuando la marquesa ponía el pie en el umbral de la puerta, un hombre desarrapado, sin sombrero, y los cabellos enmarañados, se plantó delante de ella.

Al verla abrió tamaños ojos.

—¡Vuecencia por aquí! exclamó.

Y volviéndose á Estefa:

—¿Lo ves, mulata testaruda, que niegas la semejanza de la Capulí con la señora marquesa? Pregunta si no me

equivoqué esta tarde, cuando el señor marqués se la llevaba á Lima en su calesa dorada.

Un relámpago sombrío fulguró en los negros ojos de la marquesa; su labio se contrajo con una amarga sonrisa, y echando sobre su rostro el velo de la mantilla se alejó sin permitir á Estefa acompañarla.

—¡Gaspar! dijo á su marido la mulata, confusa y apesarada; ¿cómo has tenido alma para hacer saber á la marquesa las maldades de su esposo?

—La he dicho la verdad; y ahora te digo á tí que tu obstinación en llevarme la contraria ha de costarte más de un trancazo.



—¡Borracho desvergonzado! ¡Atreverse á comparar con una dama de alta clase á esa perdida que lleva por nombre un apodo!

—¿Capulí? Así la llaman por su olor, color y sabor. ¡Perdida! ¡Cómo pudiera hallarla yo, para ponerla en tu lugar!

—¡En lugar mío! exclamó la mulata, con una terrible explosión de cólera; ¡en el lugar que ocupa á tu lado la esposa honrada! Dáselo en buena hora, miserable; que yo, á vivir con un hombre envilecido, prefiero arrojarme de lo alto de las murallas.

Y la mulata, uniendo la acción á la amenaza, echóse afuera y se dirigió á la rampa, que no lejos de allí daba ascenso á los muros.

—¡Vamos á verlo! gritó el zapatero, corriendo en pos suya; y habrás de arrojarte, si no de grado, por fuerza.

Estefa, que esto oyó, y que no llevaba intención de realizar su propósito, temió por su vida, y dióse á huir con la velocidad que pudo.

Su marido la seguía con un garrote en la mano y en la boca la amenaza...

IV



E súbito, la fugitiva y el perseguidor se detuvieron pasmados de igual estupor.

Un ruido sordo, prolongado, aterrador, se elevó de las entrañas de la tierra y vibró en el aire con fragor extraño.

Y Estefa sintió que el suelo se estremecía bajo sus pies; y viendo las murallas vacilar oscilantes y desmoronarse, bajó los ojos hacia la ciudad y vió que sus torres caían, que sus cúpulas se hundían, y que nubes de polvo se elevaban, oscureciendo el cielo.

Estefa dirigió su mirada al mar, y vió en el sitio que un momento antes ocupaba, un abismo negro y profundo que se prolongaba hasta el horizonte, donde se alzaba una montaña azul, inmensa, en cuyas fantásticas vertientes se reflejaban, móviles, los rayos de la luna.

Colocada entre dos cataclismos, Estefa se volvió hacia el que ya conocía y se arrojó en los brazos de su marido.

Gaspar abrazó á su mujer con angustia y señalando la montaña azul que limitaba el abismo:

—¡El mar! exclamó; ¡huyamos!

Y ambos, arrojándose de las desmoronadas murallas, ganaron el campo y se alejaron corriendo con la rapidez del terror.

Alcanzólos, no obstante, mas sin arrastrarlos consigo, la ola inmensa que tragó á la ciudad maldita con sus riquezas, sus placeres y sus abominaciones.

Los dos esposos se encontraron solos en medio de la noche, sobre un suelo cenagoso, sembrado de cadáveres.

—¿Adónde iremos ahora? dijo Gaspar á su esposa.



—A Lima, donde debíamos vivir, si no fuera por tu amor á esa funesta ciudad, que así debía acabar.

—¡Pésame de ello, hija mía! dijo Gaspar dándose golpes al pecho. Pero, ¿qué haremos en Lima, desnudos y miserables?

—Nos estableceremos con estos ahorros que yo hacía de mi trabajo, en tanto que tú malversabas el tuyo.

Diciendo así, Estefa extrajo de cuatro ó cinco escapularios que llevaba al cuello, otras tantas onzas de oro; y dió un programa de existencia que hizo caer de rodillas al zapatero, y besar con fervor la orla de su faldellín.

Diz que desde entonces Gaspar fué el más amable de los maridos, y Estefa la más feliz de las mulatas.

Había, sin embargo, un pensamiento que oscurecía la dicha de Estefa: el recuerdo de la marquesa.

—¡Señor! decía la mulata. ¿Cuál es, pues, la recompensa de los justos, si los envolvéis en el castigo de los impíos?...

Pero una noche, la marquesa le apareció en sueños, rodeada la frente de una aureola celestial, vestida de albos cendales, y calzando, en vez de sus zapatitos bordados, el coturno de oro de los arcángeles...

JUANA MANUELA GORRITI.

REVOLUCIONES DEL GLOBO [1]

Mil siglos han rodado
en columnas de fuego sobre el mundo,
y el mundo amedrentado
ha visto, presagiando su caída,
de la nada en el piélago profundo
media creación hundida.
Cimbráronse los polos
bajo la inmensa mano
del girante huracán, y el peregrino
entre el betún volcánico, ya en vano
escombros del *Vesubio* pulveriza
para hallar entre pálida ceniza
el mosaico fulgente de Herculano.
¿Dónde estuvo la Atlántida? buscadla
en el fondo del férvido Oceano;
sin norte los navíos
que en sus playas recónditas surgieron,
las férreas anclas á la mar botaron
y entre escombros de Atlántida se hundieron
y en las torres de Atlántida clavaron.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

EPIGRAMA

—¿Con que te has enriquecido?
¿y cómo ha sido? ¿en el juego?
—No; fundé una sociedad
de *inseguros contra incendios*.

1 Entre diversas composiciones inéditas de Espronceda, encontradas no hace mucho, figura el presente fragmento lírico, en el que se nota, no sólo la falta de lima en algunos versos, sino también algún descuido del copista.

ARBORICULTURA



—¿Qué haces? dime la verdad.
—Planto naranjos, Belén.
—Pues es una necedad;
¿por qué no plantas, más bien,
árboles de Navidad?

EPIGRAMA

—Vengo á que me haga un retrato.
—¿De qué clase, hermosa Inés?
—Como es para mi futuro,
que me quiere mucho y bien,
y ha de comérselo á besos...
lo mejor será *al pastel*.

EN EL ÁLBUM DE REBECA

POEMITA

I

LA ARTISTA Y EL POETA



Hermanos por la lira y la paleta,
y armados de distintos atributos,
un culto igual con semejantes frutos
profesan el artista y el poeta.
Siendo uno nuestro arte,
puedes tú retratarme y yo cantarte;
mas aunque yo el poeta y tú la artista,
permíteme que sea el retratista,
y préstate á servirme de modelo,
si puede mi pincel copiar el cielo.

II

PROTEO FEMENINO

De hechizos mil Proteo delicado,
tus formas se renuevan hechiceras;
tantos tipos encierras y enumeras,
que pudiera llenar con tu traslado
galerías enteras.
En los mares del Sur y en los del Norte
ví muchas veces tu hechicero porte,
y aún no puedo decir que te conozco,
ni tengo certidumbre de quién eres;
pues profanas y clásicas mujeres,
las ideales beldades
de todas las edades,
en tí se han dado cita
con gracia y con beldad más exquisita.

III

LA MUSA DEL ARTE

Que pintabas oí, no me sorprende;
desde antes de saberlo, lo sabía;
sin conocerte aún, te conocía;
porque de tu figura se desprende
del arte divinal la misma musa

que graciosa y severa en tí se acusa:
acabas de llegar á este recinto
bajando airosa de tu excelso plinto.

IV

REBECA

Si en la Biblia mi espíritu se abisma,
eres, Rebeca, tú, Rebeca misma:
y el cántaro te ponen mis antojos,
y la túnica leve,
y el siervo que á tus pies sediento bebe
bajo el dormido fuego de tus ojos.

V

LA AGARENA

El viajador que la abrasada arena
recorre de la Libia,
mira en tí la magnética agarena
de sedoso cabello y tez morena,
que su cansancio alivia;
y extático te adora y no te ofende
porque en tus ojos Castidad entibia
el fuego que el Amor audaz enciende.
Tu airoso porte y tu gentil talante
son la silueta de la tienda errante,
y en el flexible juego de tu talle
ve la palmera que le anuncia el valle.

VI

NÁUSICA

Náufrago Ulises á la playa llega,
y Náusica está allí, princesa griega,
y Náusica eres tú, que lo conforta,
cual te ofreciste ante mi vida absorta.

VII

VESTAL, SACERDOTISA Y POETISA

Ora de Vesta ó del antiguo celta
pienso en tí ver sacerdotisa esbelta;
en el peñón de Léucade otras veces
sentada me pareces,
la negra cabellera al viento suelta,

los afilados dedos
arrancando al laúd conciertos ledos;
la brisa en torno tuyo duerme quieta,
y tu recogimiento el mar respeta.

VIII

LA MATRONA POMPEYANA

Ora la escena, súbito, se trueca,
y te miro, Rebeca,
en el sillón del atrio pompeyano,
en las rodillas una y otra mano,
y entre tus pies la abandonada rueca.
La lámpara en la sala
su última luz ya moribunda exhala;
agitas en tu mente un hondo arcano;
roza el amor tu frente con su ala,
y empapado tu espíritu en beleño,
se pierde entre el deliquio y el ensueño.

IX

LA PIEDAD FILIAL

Misión más alta todavía tienes,
y esos negros cadejos, esos rizos,
que el cerco forman de tus mil hechizos,
son también gala de plateadas sienes.
Cuando á tu padre lánguida te inclinas
y tu busto ideal en él reclinas,
formando con tus brazos y cabello
un adorable círculo á su cuello,
se santifican tus aéreas formas
y en cuadro te transformas
que te circunda de mayor encanto,
porque es el cuadro santo
de la Piedad Filial ¡cuadro el más bello!
y el que á todas tus obras pone el sello.

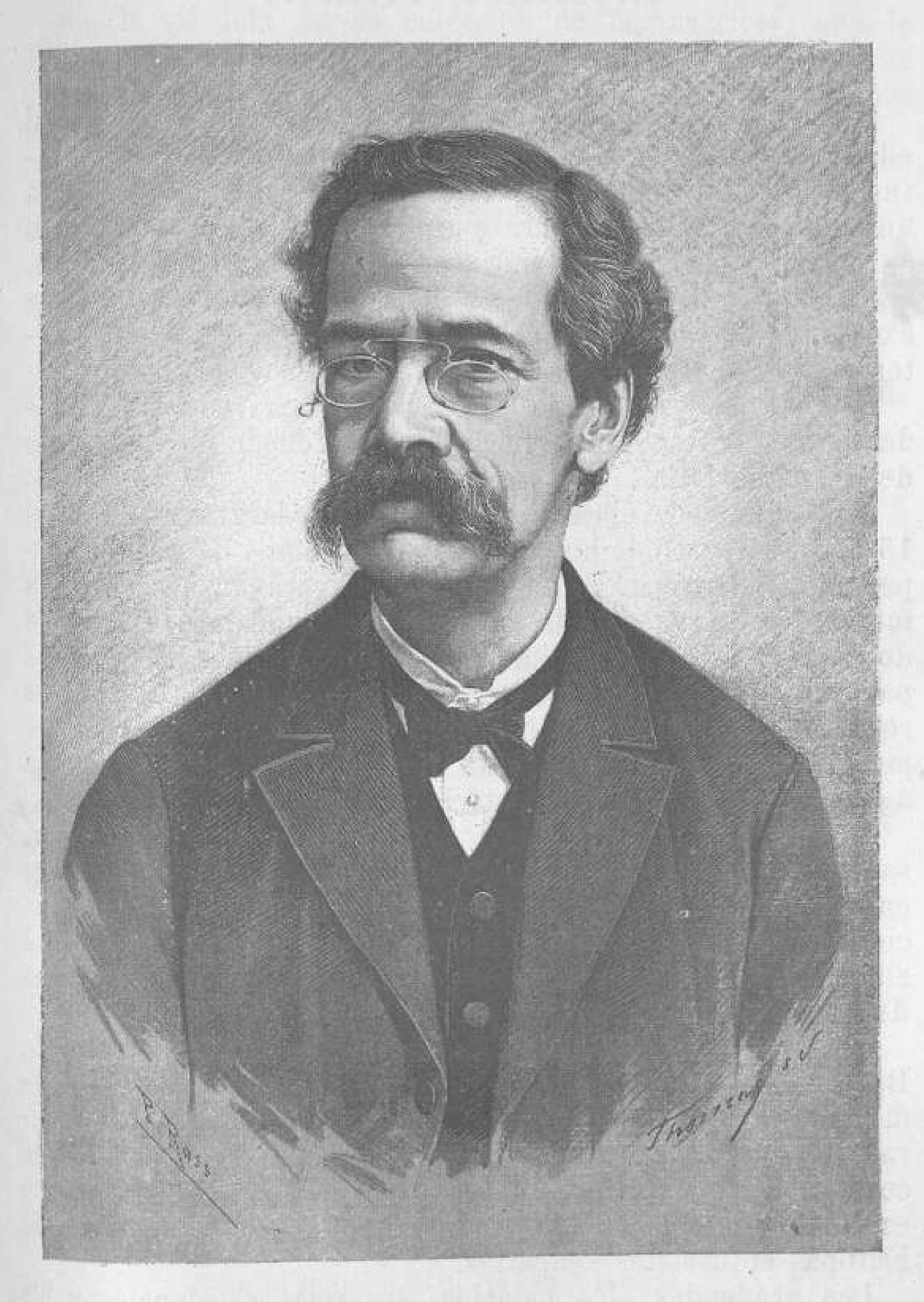
JUAN DE ARONA.

Lima.

EPIGRAMA

Viendo el retrato, Gedeón,
que se hizo doña Asunción
cuando era aún joven y bella,
dijo con admiración:
—¡No pasan años por ella!

NUESTROS COLABORADORES



D. Ricardo Palma

EMINENTE LITERATO PERUANO

RICARDO PALMA

Mirando el último retrato de Ricardo Palma en su actual edad, he pensado por vez primera que ya para él la juventud ha pasado: de tal modo el alma del galano poeta guarda una juventud, una frescura que desbordan en su trato, en su pluma, y se reflejan en sus producciones más serias. Costaría á la mente asimilarlas á la edad madura, si á estas exquisitas dotes no se aunaran una grande energía, un austero estoicismo y una fuerza de voluntad incontrastable.

Bajo el modesto título de Secretario privado del Presidente de la República, fué el mentor obedecido y acatado del irascible Balta.

No há mucho, el más terrible día de la guerra, el fatal 15 de enero, cuando huído Piérola del campo de batalla dispersando las tropas de línea, el enemigo avanzaba sobre la fuerza de reserva situada en los reductos delante el pueblo de Miraflores, cuyos habitantes, mujeres y niños, huían despavoridos ante las bombas incendiarias, Palma, desde los reductos, mandaba prohibir á su esposa el abandonar esos muros que los suyos estaban defendiendo, y la ordenaba aguardar en su hogar la victoria ó la muerte.

Y cuando la aterrorizada joven, huyendo de su casa, saqueada y entregada á las llamas, con sus pequeños hijos en los brazos, llegaba á Lima á pie y exhausta de cansancio, él, cumplido hasta el fin el deber patrio, se reunió á ellos, serena la frente, fuerte el corazón, como en los días de la prosperidad.

Encargado por el gobierno de la reorganización de la Biblioteca Nacional, saqueada por el enemigo hasta el último volumen; quemadas sus vastas estanterías en las hogueras de los soldados acuartelados en su recinto, Palma se consagró al cumplimiento de esta misión con un patriotismo exaltado, que despertó, no sólo en América, sino en toda Europa, entusiastas simpatías.

Las academias, los palacios, las ricas residencias y los soberanos mismos abrieron sus tesoros bibliográficos al abnegado solicitante.

El rey Alfonso XII, que en sus últimos días recibió la

demanda de Palma, hizo á Lima un valioso legado, flor de su real biblioteca.

Sin la pérdida de su colección de manuscritos, hoy la Biblioteca Nacional, gracias á la valiente solicitud de Palma, sería más rica que lo fué en los mejores tiempos del Perú.

JUANA MANUELA GORRITI.

EL MODELO DEL CUADRO DE CLAUDIO

DE «L'OUVRE» DE ZOLA.

Dormida está.—La cabellera suelta
recórtale el perfil en la almohada,
y resbala esparciéndose revuelta
sobre la nívea espalda inmaculada.

—

Como si en sueños la pidieran besos
la rósea boca ofrécese entreabierta,
y balbucea llena de embelesos
arrullos de paloma que despierta.

—

El brazo izquierdo, como un ala erguida
ciñe la nuca en lánguida postura;
del derecho la manga descorrida
comprime dulcemente la juntura.

—

En línea de abandono y de inocencia
presenta el busto el virginal relieve,
en su turgente y plena florescencia
como bulbos brotando de la nieve.

—

Sobre el lecho tendida como un niño
que rechaza las ropas que lo cubren,
doncella y blanca, en casto desaliño
sus formas ideales se descubren.

—

Baña la luz el torso primoroso
dorando su tersura alabastrina,
y ostentan el contorno luminoso
las curvas de la estatua femenina.

—

Yace al lado en el suelo amontonado,
saturado aún de ella, su ropaje;
la carne de mujer lo ha perfumado
como el ave perfuma su plumaje.

ALENCAR.

Buenos Aires, 1887.

LOS ANÓNIMOS

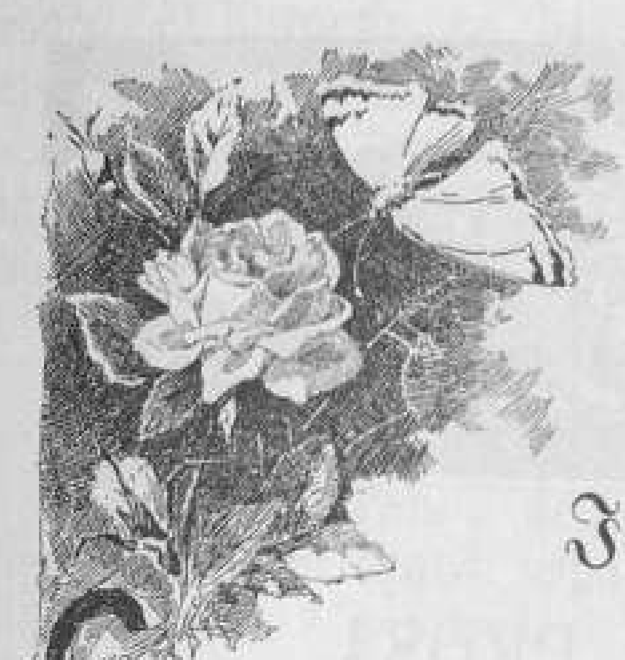


—Cálmese usted, amigo don Jerónimo.
—Para mí, aunque parezca á alguién grotesco,
no hay nada más terrible que un anónimo.
—Pues yo, para saber qué efecto hacía,
me escribí uno á mí mismo cierto día
y al recibirle me quedé tan fresco.

LA LIRA

En cada corazón hay una lira
cuya voz nos aflige ó nos encanta;
cuando la pulsa el entusiasmo, canta;
cuando la hiere la maldad, suspira.
Ruge al contacto de la vil mentira,
el choque de la duda la quebranta,
y á impulsos del amor y la fe santa
himnos entona con que al mundo admira.
Yo la mía probé, y estoy contento;
bendito tú, Señor, que me la diste
acorde á la virtud y al sentimiento,
y las notas en ella no pusiste
del necio orgullo, del afán violento,
del odio ruin y de la envidia triste.

Manuel del Palacio.



EN EL ABANICO

DE LA

BELLÍSIMA SEÑORITA

Josefina Lavarello

Cuando agitado por tu mano hermosa,
tu blanco seno este abanico orea,
parece una brillante mariposa
que, gozosa, aletea
sobre el nevado cáliz de una rosa.

CASIMIRO PRIETO.

HUMORADAS

I

¿Dices que te he olvidado?
amante desleal, pierde cuidado;
es mi amor tan eterno,
que ya empiezo á temer que, enamorado,
por ir donde tú irás, iré al infierno.

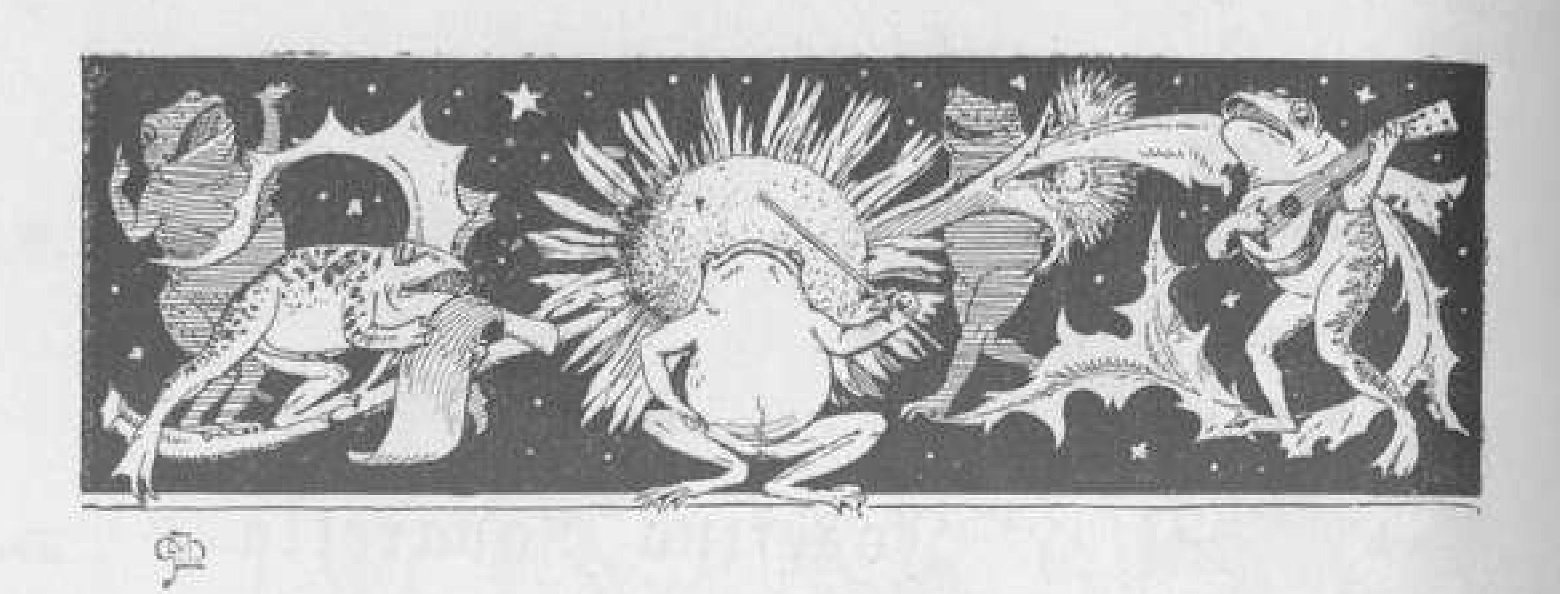
II

¡El hombre! Enaltecedle con respeto
como á un Dios destronado,
y jamás le iniciéis en el secreto
de que es sólo un mamífero endiosado.

III

Enseñad á esperar: es tan cumplida
la humana confianza,
que se traga el anzuelo de la vida
con el cebo fatal de la esperanza.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



FABULAS EN PROSA

LA TORMENTA

El trueno, el rayo y el huracán se habían apoderado de la atmósfera.

—¡Temblad! decía el trueno á los hombres con voz terrible y poderosa. La tormenta ha vencido; se acabó la tranquilidad para vosotros.

—¿Qué son esas torres que habéis levantado á fuerza de paciencia? añadía el rayo lanzando llamaradas por los ojos. Yo las traspaso y las incendio.

Y el huracán decía, bramando de coraje:

—¡Ay del que navega! ¡Ay de las chozas débiles y de los árboles que no tengan las raíces muy hondas! Arrasaré todo lo que envuelva dentro de mis círculos.

Y los truenos, los rayos y los bramidos del viento parecían anunciar la ruina del planeta.

—¡El mundo se acaba! decían todos los animales, refugiándose espantados en las cavernas ó huyendo despavoridos.

—Anda más de prisa, decía una ardilla impaciente, que se creía en salvo, á un cachazudo caracol que se arrastraba con pereza: ¡el mundo se acaba!

—Pierde cuidado, respondió el conchudo animal. Los que alborotan y se agitan, como el trueno, el rayo y el huracán, se cansan pronto. Más miedo tengo al frío, al calor ó al hambre, que llegan sin ruido y sin cansancio. Todo lo violento es pasajero.

En efecto, un cuarto de hora después, el trueno estaba

ronco, el huracán se había detenido, y el rayo sólo producía relámpagos inofensivos.

Un airecillo templado y juguetón, pero sostenido y constante, deshizo los nubarrones, y los pájaros, sacudiendo las mojadas plumas, volvieron á piar alegremente.

LA FUERZA Y LA INTELIGENCIA

—Eres un tirano, decía el vapor de agua al maquinista: habiendo fuera tanto espacio, me oprimes y sujetas dentro de la caldera: vuélveme la libertad; deja que yo emplee mi fuerza según mi voluntad.

—¿Tu fuerza y tu voluntad? respondió el maquinista sonriendo. Si yo te dejo libre no podrás alzar del suelo ni un átomo de polvo.

Los pueblos son como el vapor de agua: su fuerza se aniquila cuando no hay un maquinista que la encierre en la caldera y la utilice.

LOS QUE SUBEN Y BAJAN

Una gota de agua, que había estado millares de años confundida con las demás en un lago, sintió de pronto que se transformaba y adquiría ligereza extraordinaria. Estaba evaporándose.

—¡Tengo alas! dijo flotando sobre el lago. ¡Adiós, amigas! Ya había presentido muchas veces que mi naturaleza era distinta de la vuestra. Voy á las alturas, al país de las nubes y de las águilas. Ya no nos veremos más.

—No te enorgullezcas, le dijo otra gota que había viajado mucho. Yo he estado en esas altas regiones, y sé que no se permanece en ellas mucho tiempo. Pide á Dios que cuando caigas, quizás hoy mismo, te deje volver á este lago tranquilo. Eres como todas nosotras: un poco de calor te eleva; un pequeño enfriamiento te hace descender.

—Aunque eso sea, repuso la soberbia partícula de vapor. Ha llegado mi época feliz.

—¿Quién sabe? Acaso estás destinada á hundirte en el terreno y encerrarte para siempre en una cueva oscura.

Algunos días después, la gota condensada caía sobre una hoja, y resbalando por ella temblaba, resistiéndose á desprenderse.

Venía de los cielos: iba fatalmente á rodar sobre la tierra.

PLACERES GRATUITOS

Cayó de un árbol una oruga sobre la espalda de un galápago, y al notar el cómodo y suave movimiento del testáceo, la oruga dió gracias á la suerte porque le había puesto carruaje.

—Ya no tendré que arrastrarme por el suelo, decía entre sí, ni fatigarme. ¡Cuánto voy á viajar sobre la concha de este bruto!

A todo esto el galápago avanzaba lentamente hacia un estanque, con gran regocijo de la oruga, que sólo había visto el agua desde lejos. Ya en la orilla, el galápago entró en el agua con suavidad, nadando con soltura.

—¡Calle! siguió diciendo la oruga. No sólo tengo carruaje, sino barco: esto es un yacht de recreo. ¡Qué hermoso es navegar en barco propio!

—¡Hija mía! exclamó el galápago con sorna. ¿Creías que ibas á viajar gratis en mí? Todo se paga en este mundo. Estás rodeada de agua y no puedes huir. Cuando bendecías á tu suerte por haberte puesto coche, yo bendije á la mía que me había puesto el almuerzo en las espaldas.

Se hundió el galápago, quiso nadar la oruga y el testáceo la devoró con apetito.

LOS INTERESES CREADOS

El estrépito era grande; las vigas, sacudidas con fuerza, temblaban como en un terremoto; una nube de polvo enrarecía el aire y quitaba la vista y la respiración. Huían despavoridos los ratones; las moscas salían en tropel por las ventanas, y se refugiaban en las rendijas más estrechas chinches, arañas, hormigas, cucarachas y polillas.

—¡Ay! decía una chinche con acento desgarrador. ¿Qué será de mi cría, si yo me he salvado con trabajo? La familia se acaba para siempre.

—Y la tranquilidad de todos, señora, repuso una polilla. Figúrese usted que vivíamos desde tiempo inmemorial en una capa de grana, que nos servía de abrigo y alimento, y nos han expulsado á garrotazos. Ya no hay propiedad.

—¿Hay nada más respetable que la industria? Pues acaban de destruir en un instante más de cien telas magníficas que representan el trabajo de millares de arañas. ¡Oh, qué tejidos, y qué colgaduras han destruído los malvados!

—Nada de eso vale lo que el túnel de tablas que había construído y han deshecho. Era una obra de arte, dijo un ratón desconsolado.

—¡Asesinos! ¡Ladrones! ¡Bárbaros! decían en sus innumerables idiomas todos los perjudicados, zumbando, aleteando y atronando la casa con sus gritos.

—Pero, ¿qué ocurre? gritó desde lejos la dueña de la casa á su criada.

—Nada, señora, respondió la Pepa, continuando su tarea: es que estoy sacudiendo con los zorros el polvo de este guardillón.

LA GRILLERA

—¡Orden! ¡Orden! decía un grillo muy formal. Cantemos óperas á compás. Coloquémonos en fila sin molestarnos unos á otros. Esto podría ser un concierto y es un caos. ¡Orden! ¡Orden!

Pero los grillos no le hacían caso y chillaban cada cual á su gusto y en su tono, dentro de la grillera, subiéndose unos en otros, para caer después debajo, y formando un grupo informe de patas, cuerpos, antenas y coseletes, en perpetua agitación.

—¿No le parece á usted, dije á un amigo, que esto es la imagen de nuestro país?

—Tiene usted razón, respondió aquél.

—¿Cuándo podrá ordenarse?

—¡Desdichado! ¿Qué pretende usted? Esto está como debe estar. ¿Quiere ser usted el grillo formal que pretendía ordenar una grillera?

Madrid, 1887. José Fernández Bremón.

CANTAR

Aún no sé de qué color
son tus brillantes pupilas,
pues tal deslumbran, que al verlas
tengo que bajar la vista.

CANTO DE AMOR

A MARÍA

Es indigno de tí mi humilde canto,
Mas no el inmenso amor que por tí siento.

Hermosa como Venus Citerea
al surgir de las ondas del Oceano,
de la belleza eterna fiel idea
que eleva al cielo al pensamiento humano,

Así te concebía allá en las horas
de la casta niñez, horas amadas,
en que eran más lucientes las auroras
y las noches más tibias y encantadas.

Hundiéndome en la selva misteriosa
surcada de una plácida corriente,
en la atmósfera tenue y luminosa
soñaba ver tu imagen sonriente.

Las dulces y canoras avecillas
que poblaban el bosque rumoroso,
al entonar sus pláticas sencillas
pronunciaban tu nombre melodioso.

Tú estabas en mi mente adormecida,
cual en la muda lira los cantares,
como la blanca perla, que, escondida,
se adormece en el seno de los mares.

Y un día y otro día, en mis anhelos,
como la «Buena Nueva» te esperaba,
y en el azur profundo de los cielos
el pensamiento mío te buscaba.

Hasta que al fin, como la blanca estrella
que las tinieblas de la noche alumbra,
aparecistes enamorada y bella
de mi triste existencia en la penumbra.

Desde ese instante el porvenir ansiado
ante mis ojos presentóse abierto,
cual un prado de rosas alfombrado
que surgiera en el medio del desierto.

Y bajo el sol de tu mirada ardiente,
como flor en el trópico nacida,

fué creciendo mi amor grande y vehemente
hasta llenar el cielo de mi vida.

Y hoy eres para mí, niña querida,
mi propio ser, mi propio sentimiento;
mi vida es un reflejo de tu vida,
tu imagen la visión del pensamiento.

La pasión que en mi pecho has despertado,
perfume que en mi espíritu se encierra,
es el único vínculo sagrado
que me liga á los males de la tierra.

La gloria que de niño amara tanto
es una luz fantástica é incierta,
y tú, mi dulce amor, ídolo santo,
la alborada que súbito despierta.

Mi ideal eres tú, si tú me adoras
como yo á tí, con un cariño fuerte,
nos hallarán las venideras horas
unidos en la vida y en la muerte!

. . . .
. . . .

Ya que por siempre el corazón te ama,
con el amor más puro de la vida,
quiero mostrarte un bello panorama
que es para mí la tierra prometida.

Figúrate, bien mío, que imagino
en mis sueños tal vez no realizables,
conformes tu destino y mi destino,
tu existencia y la mía inseparables!

Figúrate una plácida colina,
con flores bien olientes en tu falda,
y una mansa corriente cristalina,
bajando entre dos campos de esmeralda.

Una casita blanca rodeada
de árboles altos y de frescas flores,
y allí los dos, con alma enamorada,
hablando del amor de los amores.

Y entre nosotros dos, niña adorada,
hijo de nuestro amor, un ángel bello,
de blanca tez y boca sonrosada,
enlazando sus brazos á tu cuello!

. . . .
. . . .

Al caer el sol, inmensa luminaria,

en el seno movible de los mares,
iremos por la selva solitaria
oyendo de las aves los cantares.

Y juntos de las manos, cual dos niños,
felices y sin otros horizontes
que el más puro de todos los cariños
y la cumbre azulada de los montes,

A Dios elevaremos nuestro canto
por su grande bondad, siempre infinita,
y nos hará felices, con su encanto,
el cielo azul, la soledad bendita!

Y allí donde el espíritu concilia
todas las elevadas facultades,
tendremos una patria: la familia;
tendremos un edén: las soledades!

Víctor Arreguine.

Montevideo, 1888.

CABOS SUELTOS

Yo creo en mi conciencia
que el mayor bien posible en la existencia,
por más que lo desdeñe el mundo entero,
no es tener poderío, honores, ciencia,
ni aun con buena salud mucho dinero,
sino tener paciencia.
Esa es la gran virtud, la quinta esencia
del arte de la vida verdadero.



Nubecillas nada más
son, niña, las esperanzas:
que con el viento se forman,
que con el viento se marchan.

*
* *

Parόse á ver el *corso* Rosalía
en el dintel por distraer el ocio,
de una puerta cerrada donde había
un cartel que decía:
«Se alquila este negocio.»

F. López Benedito

Buenos Aires, 1888.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Roberto Stagno

ROBERTO STAGNO

Hé aquí una personalidad artística, que ha hecho una evolución larga y feliz en el gran escenario lírico contemporáneo. Stagno, desde el principio de su carrera, supo captarse las simpatías de los públicos europeos y consiguió figurar entre el corto número de los eminentes. La verdad es que ha tenido dotes, principalmente intelectuales, que le han permitido escalar con paso seguro tan difíciles como deslumbradoras y peligrosas alturas. La base de su celebridad reposa, ante todo, en el concepto elevado, razonado é inteligente que se ha formado del arte, y el cual le ha servido de guía en sus mejores interpretaciones, que no pueden menos de adquirir así un carácter saliente, distintivo, y en algunos casos de inspiración y de entusiasmo revestir los atributos de verdaderas creaciones. En esta categoría pueden colocarse su *Roberto*, su *Conde de Almaviva* y su *Lohengrin*.

Stagno ha cuidado siempre mucho y ha estudiado minuciosamente todos los detalles de los tipos que ha personificado, pero á pesar de esto, es tan pronunciado y tan poco dúctil su carácter, que en ellos se traslucen y dominan sin excepción las modalidades de su propio ser. Ha carecido de la suficiente maleabilidad para amoldarse de tal manera á las exigencias características de un personaje, dado que desaparezcan por completo las suyas propias; y con los años, lejos de adquirir flexibilidad en este sentido, se ha hecho más rígida é incoercible su individualidad. Por eso casi todos sus tipos son Stagno en cuerpo y alma; y esto, que puede ser un mérito para aquellos que tienen el *yo* muy acentuado, es sin duda, un defecto para los que juzgan el arte escénico como el arte de la ficción por excelencia, y en el cual el artista, sin dejar de esbozar sus creaciones con rasgos indelebles de su personalidad moral, debe ocultarse y desaparecer no sólo externamente en los pliegues del traje sino íntimamente en el cuerpo, en el espíritu y en la idiosincrasia del ente encarnado.

No puede negarse que Stagno ha gozado de los privilegios de una organización artística felizmente equilibrada, de

facultades no comunes y de raras condiciones de sensibilidad; pero ha sido, y es cada día más, bastante convencional y un tanto amanerado.

Como cantante posee todos los medios de la buena escuela, realzados por un gusto de la mejor índole. Es maestro en la manera de emitir la voz y de matizarla con los diversos coloridos de la pasión, ya lanzándola con brío poderoso, ya apagándola en suaves tintes de exquisitas delicadezas. Á fuerza de estudio y de habilidad ha logrado vencer todas esas escabrosidades del canto que entran como parte decorativa y de ornamentación, hasta el punto de haber abusado de escalas, grupetos, notas picadas, gorjeos, etc., hechos casi siempre con precisión y limpidez notables, aunque con visibles esfuerzos. Si Stagno hubiese poseído una voz amplia y bien timbrada, si la Naturaleza le hubiera concedido una garganta como la de Massini, por ejemplo, habría sido, sin contradicción, el primer tenor de este siglo. Por desgracia le ha faltado esa *materia prima*. Su voz ha sido bastante rebelde, ha carecido de flexibilidad natural, de homogeneidad, de pureza y de la dulce y agradable pastosidad, acariciadora del oído, que constituye el mayor encanto de la voz humana. Pero así como Paganini arrancaba efectos maravillosos de cualquier violín de pacotilla, Stagno, gracias á su talento y constancia, ha hecho prodigios en el canto á pesar de la pobreza de su *instrumento*.

Sin embargo, de algunos años á esta parte, Stagno ha declinado visiblemente, y últimamente en el Politeama de Buenos Aires ha sido casi estéril su heroica lucha contra el estrago fatal del tiempo, por mantenerse en un grado aceptablemente compatible con su fama.

Ha llegado á un estado en que son muchos los momentos de pena que causa por la declinación de sus facultades, pues la atención del auditorio se distrae á cada instante de la situación y de la idea musical, para fijarse en el esfuerzo físico y en los bruscos ademanes que cada nota le ocasionan.

Su creación del *Otelo*, en la hermosa ópera de Verdi, dejó mucho que desear y reveló en él un exceso de confianza en sí mismo, que si puede ser encomiable cuando se está en apogeo, es, por lo menos, imprudente cuando se está en el triste invierno de la decadencia.

El *Otelo* de Stagno es bastante diferente del tipo del

moro creado por Shakspeare, rudo, fiero, arrogante, enamorado y frenéticamente celoso.

Pero la ley de la oferta y de la demanda rige también en los mercados artísticos. Hoy el mundo lírico está desprovisto de tenores: son muy pocos, poquísimos, los que comparten con justicia la gloria de una nombradía universal.

Esto basta á justificar que el gran Roberto Stagno, halagado y seducido por fáciles y engañadores aplausos, vaya cavando paulatinamente, por sus propias manos, la fosa de su antigua y merecida celebridad.

ÁNGEL MENCHACA.

Buenos Aires, julio de 1888.

PIGMALIÓN

Pigmalión de su estatua enamorado,
en un rapto de amor, besó la boca,
y al contacto del beso apasionado,
latió animada la insensible roca.

Blando agitóse el delicado seno
cual si el mármol de un sueño despertara;
calor de vida coloreó su cara
y el labio se entreabrió, de gracias lleno.
En profusas sortijas y ondas de oro
desatada cayó su cabellera,
y en casta desnudez lució un tesoro:
¡Venus naciente más hermosa no era!
los cielos sus miradas luminosas
en sus ojos azules concentraron;
ella sonrió, y al par la coronaron
Amor de mirtos y el Pudor de rosas.

Así, rompiendo sus marmóreos lazos,
con un suspiro lleno de armonía,
vino á la vida la mujer más bella
que haya alumbrado el luminar del día.
Absorto Pigmalión, tendió los brazos.
y, naciendo al amor, tendiólos ella.
. . . .
Mujer de mármol, insensible y fría,
si yo Pigmalión fuera,
por animar tu hielo, el alma entera
en un beso de fuego te daría.

EDUARDO DE LA BARRA.

Santiago de Chile.



LA INOCENCIA

¡Cuánto á su vista el corazón se ensancha!
Simple y modesta y pura,
del recental sin mancha
tiene la mansedumbre y la blancura:
amiga de los niños,
está llena de gracia y de cariños.
Há poco la soñé, —fué un sueño vago;
pasó como la sombra
de un raudo cisne sobre el terso lago.
Cuando ella me aparece
reflejada en las risas de la infancia,
una suave fragancia
me anuncia que mi vida reverdece.
¡Sí, yo la ví! ¡qué digo! aún la contemplo
de frescas y albas rosas coronada,
rubia vestal que en busca va del templo
al fulgor de la aurora sonrosada.
Adórnala flotante un blanco velo;
en anchas ondas, leve,
la cubre el seno virginal de nieve
que jamás palpitar hizo el recelo.
Al mirarla imagino
cuando en mi mente pasa
al dulce rayo que su vista enciende,
que una nube de gasa
á arrebatarla vino
y en el aire azulado la suspende.
Su faz bañada en resplandor divino

nunca sintió el calor de los sonrojos,
pues ella ignora hasta su ideal belleza
que acaso un numen consagró de hinojos.
En sus celestes ojos
sólo tremente brilla
la llama azul que irradia en su pureza
su alma ingenua y sencilla,
donde duermen sus vagas impresiones,
sus castos pensamientos,
como blancos alciones
en su nido aguardando en la ribera,
para cruzar el mar y hender los vientos,
á que el naciente sol tiña la esfera.

Así, bella, serena, armonïosa,
la virgen noble avanza;
tiene al andar el aire de una diosa
y la dulce atracción de la esperanza.
¡Oh espíritus, oh genios tutelares,
llevadla inmaculada á sus altares!

Mas ¡ay! súbitamente
la salen al camino
Amor audaz, y el Tiempo diligente
que lleva como marca de su sino
el dolor de los siglos en la frente:
Amor vivo y risueño,
que por cada ventura apaga un sueño;
y el Tiempo, infatigable peregrino
que en marcha al infinito halló á la Vida,
á quien después de agasajar enluta,
mezclando al néctar la mortal cicuta
en el festín eterno á que convida.
Y la Inocencia confiada á ellos
fuese, y en brazos del infante alado,
del césped en la alfombra de esmeralda,
se aduerme al rayo de la blanca luna:
en tanto que á su espalda,
que en lluvia de oro inundan sus cabellos,
el viejo segador de rostro airado,
con temblorosa mano una tras una
las rosas le arrancó de su guirnalda!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

EPIGRAMA

—¿Qué fué de la rubia Elvira?
—Huyó con un militar
y hoy pertenece al ejército
de línea...
—¿Horizontal?

DIGNIDAD



—Pero ¿qué le aconteció
á tu primo Andrés Navarro?
—Que un carro le atropelló.
—¡Cielos, qué vergüenza! ¡¡Un carro!!...
¡Si hubiera sido un *landó!*...

A. M.

UN PERDIDO

De casarse á punto estaba
Blas con su prima Beatriz,
cuando supo el infeliz
que su prima le engañaba.
Maldijo de aquel amor
y al fin, rotos ya sus lazos,
buscó el olvido en los brazos
del vicio embrutecedor.
Y en vano, al ver que se aleja,
lleno de desdén profundo,
de la virtud, hoy el mundo
de perdido le moteja.
Pues sin que demuestre enfado
ante tal reproche, Blas,
contesta «que vale más
ser *perdido* que *ganado*.»

CASIMIRO PRIETO.

EL MAGO ROJO

I



o corría, volaba el poderoso alazán en cuyos ijares clavaba yo, casi frenético, la acerada espuela.

Era preciso llegar á la hora suprema en que el más profundo de los misterios debía serme revelado. — Yo sentía dentro de mi ser una ansiedad infinita que oprimía mi corazón y avasallaba mi pensamiento.

La noche era oscura y tormentosa.—Oíase el mugido del torrente al despeñarse en el profundo abismo; silbaba el viento con furia desatada al chocar con el oscuro ramaje de las encinas seculares; de cuando en cuando el lívido fulgor del relámpago iluminaba el escabroso sendero, ora cortado sobre espantables precipicios, ora tendido en la intrincada selva, donde la rama del árbol desgarraba el rostro y el rugido de las fieras aterraba el ánimo; el eco pavoroso del trueno era repetido á lo lejos por los senos de la empinada sierra; y, entretanto, mi caballo corría y corría, cual si le hubiesen prestado alas mi enardecido deseo y le hubiera transmitido su furia la tormenta.

Por fin llegué; llegué después de haber salvado toda suerte de peligros, cuando la lluvia caía á torrentes, y el huracán arrancaba de cuajo los árboles y el rayo hendía los duros peñascos.

Me hallaba en el paraje más escondido y más inaccesible de la Selva Negra. Y una vez allí, era preciso que diese cima á mis temerarios propósitos.

Saltar de mi caballo y enderezar mis pasos á una pequeña abertura débilmente iluminada, que en medio de la oscuridad se distinguía entre unas rocas, fué todo obra de un momento.

Aquel estrecho agujero, por donde apenas me fué dado penetrar arrastrándome sobre un pavimento infecto y nauseabundo, era la entrada de una caverna cuyo pavoroso aspecto jamás podría la humana palabra llegar á describir con sus verdaderos colores.

Una luz extraña, un débil resplandor, mezcla de amarillento y rojizo, iluminaba apenas aquel antro por el cual discurrían las más repugnantes alimañas y cuyos agrietados muros daban á cada instante franco paso á los más espantables reptiles.

Esparcidos por el suelo veíanse aquí y acullá esqueletos humanos, restos sin duda de los míseros que habían tenido la osadía de penetrar en aquella mansión, donde parecía imperar la desolación y la muerte.

Detúveme á meditar un instante.—Comprendí que mi temeridad podía costarme la vida: pero mi corazón no tembló.

Pude distinguir, á muy pocos pasos de mí, algo que á primera vista parecióme un ser humano arrodillado, envuelto en un manto gris... Acerquéme lentamente: era un gigantesco buho, que silencioso, inmóvil, clavaba en mí sus dos ojos redondos, amarillos, fosforescentes, con una fijeza horrible.

De pronto agitó sus poderosas alas, que apenas produjeron ruido, giró sobre sus garras, y se perdió en el fondo de la lóbrega caverna.

Pocos momentos después, en apartado rincón, adonde apenas alcanzaba mi vista, levantóse una especie de vapor blanquecino y tenue que, al ir poco á poco disipándose, parecía como que dejase adivinar la existencia de un ser humano en aquel temeroso paraje.—Y así era.

Aparecióse á mis ojos un anciano, mejor dicho, un ser casi indefinible, de elevada estatura y envuelto en largo manto rojo.

Dijérase que sus ojos eran dos carbones encendidos.—Su luenga barba, que casi le alcanzaba á la rodilla, era, lo mismo que sus enmarañadas cejas y su cabello, de un color mezcla de blanco y rojo.

Su rostro, apergaminado, surcado por profundas arrugas, era de una imponente severidad.

A su lado, con los ojos fijos en mí, se hallaba el gigantesco buho.—A derecha é izquierda empecé gradualmente á distinguir enormes clepsidras, retortas, filtros é infinidad de objetos de indescriptible rareza.

Acercóse al verme, alargó hacia mí sus manos descarnadas, tomó en ellas mi diestra, y mientras que, al examinarle



con atención profunda, corría por todo mi ser un frío parecido al de la muerte, dijo con voz que hubiérase creído lanzada del fondo de un sepulcro:

—Te esperaba.

Tampoco, al oirle, se sobrecogió mi espíritu.

Y después de breve pausa, mirándome fijamente, agregó:

—Te esperaba, porque no me eran desconocidos la firmeza de tu voluntad y el poder de tu deseo. Llegas en el momento de las supremas revelaciones, en que la selva

tiembla y se estremece bajo la furia de los elementos desencadenados. Te has hecho acreedor á mi benevolencia. Dime qué quieres.

Y al pronunciar estas palabras, oíase el retumbar del trueno con el tremendo fragor que al desgajarse producirían cien montañas; caía la lluvia con tal violencia, como si toda el agua del mar, acumulada en las nubes, se desplomase sobre la tierra; y el viento, al penetrar por las grietas de los peñascos que formaban la sombría caverna, silbaba furiosamente, ora remedando rabiosos alaridos, ora prolongados lamentos, ora el poderoso rugido de las fieras acorraladas por la tormenta.

Atrevíme á mirar con ánimo sereno aquellos ojos en que brillaba un resplandor satánico y dije:

—Vengo, señor, en busca del reposo que me falta. Soy joven, soy fuerte y me sonríen el amor y la fortuna. Pero esto no satisface mi deseo. Hay en mi corazón un inmenso vacío que necesito llenar para ser dichoso. Me atormenta la idea del mañana. Yo no viviré tranquilo un solo instante mientras que, leyendo en mi porvenir, no alcance á conocer el destino que me está reservado en la existencia.

Con pausado ademán, llevó la palma de la rugosa mano hacia sus ojos, y en actitud de quien medita, quedóse inmóvil durante un buen espacio de tiempo.

—¿Quieres, entonces, me dijo con lúgubre acento saliendo de su profunda meditación; quieres tú, hombre insensato, poseer la ciencia del porvenir?

—Sí, lo quiero, lo necesito, lo ambiciono. El día que llegase á poseer esa ciencia, no habría límites para mi dicha. Si tenéis el poder de infundírmela, hacedlo, por favor, y decidme que sea vuestro esclavo. Todo lo daré yo por ser dueño del arcano de mi vida.

—Puesto que así lo quieres, ¡sea! me dijo.

Y en el mismo instante, mientras pronunciaba algunas frases ininteligibles y su rostro se hallaba iluminado por intensa claridad venida yo no sé de dónde, me tomó de las manos, y llevándome suavemente hacia sí, sopló tres veces sobre mi frente.

. . . .

II



ALCANZABA ya el sol la mitad de su carrera, cuando lanzándome fuera de mi lecho, abrí la ventana que daba al jardín en medio de la cual se levantaba mi alegre vivienda.

El cielo, de un purísimo azul, estaba sereno y apacible. Cantaban los jilgueros en la frondosa arboleda, mientras las parleras golondrinas formaban con sus gorjeos la más pintoresca algarabía bajo el alero de mi tejado. Una brisa tibia y perfumada venía á deleitar mis sentidos, trayéndome en suavísimas ondas la fragancia de las flores.

A un extremo del jardín y á la sombra de un enorme naranjo cubierto de azahares, se entretenía en copiar un paisaje la encantadora mujer para quien eran todos mis pensamientos y en quien estaban puestas todas mis esperanzas.—Parecióme en aquel instante la candorosa niña más pura, más angelical, más hermosa que nunca.—Había tan plácida expresión en su semblante, que mi imaginación no pudo menos de representarse, envuelta en un nimbo de luz, aquella adorable cabecita rubia.

Las gentes del lugar, llevando al hombro sus herramientas, regresaban de las faenas del campo.—Enfrente de mi ventana, una gentil campesina cantaba alegremente, mientras tendía al sol un montón de blanca ropa recién lavada. A su lado revoloteaba y se movía una bandada de palomas, arrullándose con esa tiernísima modulación en que saben traducir sus plácidos amores.

Mi perro de caza, mi fiel *Marqués*, comenzó, al verme, á saltar de aquí para allá, haciendo las más extravagantes demostraciones de júbilo.

La Naturaleza toda parecía sonreir como satisfecha de sí misma.—Yo sentía palpitar la vida dentro de mí con una violencia quizá no experimentada hasta entonces...

De pronto vino á mi mente, como ráfaga sombría, el recuerdo de la Selva Negra, la tenebrosa caverna, el Mago rojo, el soplo misterioso que infundía la ciencia del porvenir. No, no era cierto.—Aquello era una pesadilla.—Yo no había ido á la selva, arrostrando mil peligros, para humillar



la altivez de mi espíritu postrándome ante un ser abyecto que nada sobrehumano podía revelarme. Yo había soñado, sin duda, en medio de alguna crisis nerviosa, aquella serie de inverosímiles aventuras...

Pero no.—Mis ropas mojadas aún, hechas jirones, doloridos mis pies, mis manos y mi rostro lacerados, me convencieron de que la pasada noche, desafiando la tempestad y en carrera vertiginosa, me había internado en la selva.

No era posible dudar; yo había ido á inclinar mi frente ante el abominable conjuro del Mago rojo.

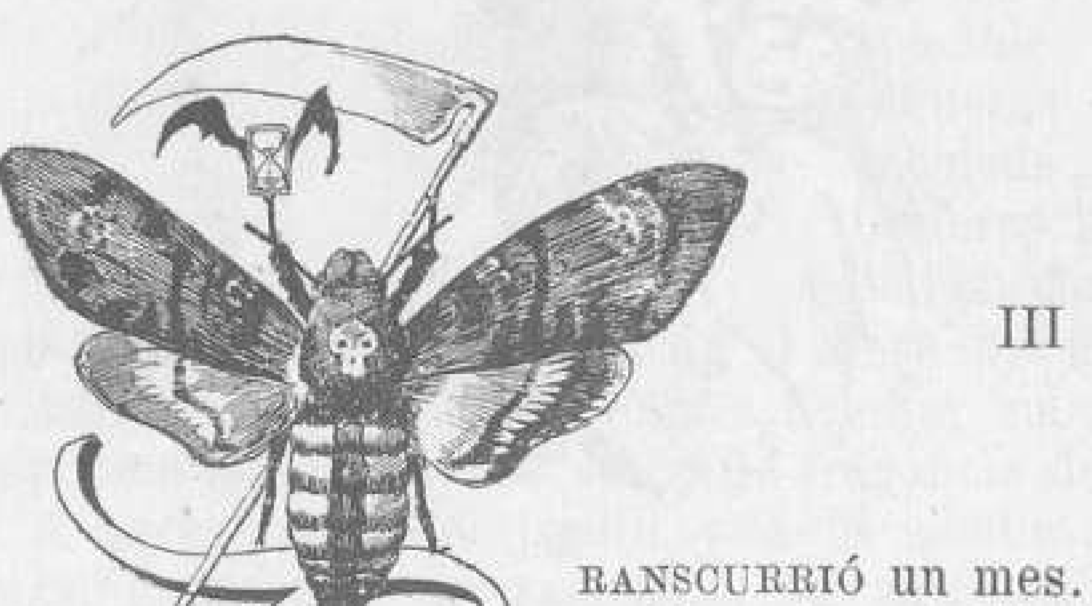
Poco á poco, y á la manera como se desvanece la niebla bajo el ardiente sol del estío, comenzó á borrarse de mi mente la noción del recuerdo.—Cuando quise darme cuenta de aquel estado de mi espíritu, el pasado ya no existía para

mí.—Todas las reminiscencias de mi vida quedaban reducidas á la idea de un soplo que, turbando y oscureciendo mis sentidos, había infiltrado en ellos un fluido maravilloso que transformaba mi ser en otro ser distinto.

Y así como en la memoria vemos desfilar en confuso tropel nuestros recuerdos durante esas noches de insomnio que semejan eternidades, así en mi mente comenzaron á levantarse, uno á uno, día por día, hora por hora, minuto por minuto, con la rapidez del pensamiento mismo, los sucesos todos que iban á formar la cadena de mi vida.

Lancé un grito, quizá un rugido, no sé si de dolor ó de sorpresa.—Cerré mis ojos, como si quisiera apartarlos de aquella visión, y con mis manos oprimí convulsivamente mi cerebro que parecía próximo á estallar bajo la fuerza de aquella impresión extraordinaria...

¡Ah! era indudable.—Se hallaba colmada mi ambición. Yo poseía el secreto de mi propio porvenir.



III

RANSCURRIÓ un mes.

La calma había huído de mi corazón y el sueño de mis párpados. La brisa perfumada, el sol radiante, el gorjeo del pájaro, el nimbo de luz soñado por mi fantasía, se habían convertido para mí en otros tantos motivos de la más honda pesadumbre.

En vano pretendía fatigar mi cuerpo con el ejercicio de la caza; deleitar mis ojos con el espectáculo de la Naturaleza; aturdir mi pensamiento con el ruido de la orgía: empeño inútil.

La felicidad huía de mi espíritu, á la manera que huye y se desvanece la luz cuando se apodera del espacio la oscuridad de la noche.

Todo había concluído para mí.

Ante mis ojos, allá en el fondo de mi imaginación calenturienta, se alzaba tenaz, pavorosa, implacable, la visión horrenda de mi futuro destino.

El ser querido que se ausenta para no volver jamás; el amigo desleal que paga los mayores sacrificios con la ingratitud más negra; la mujer traidora que sume para siempre nuestro corazón en el infortunio; el hijo inocente arrebatado á nuestro cariño en la flor de la vida; la calumnia infame lanzada á los vientos para mancillar un nombre puro; el populacho vil pagando con la befa y el escarnio el sacrificio del honor y de la vida por un ideal sublime; la dolorosa enfermedad... la muerte misma!...

¡Maldición! El negro cuadro era el fiel reflejo de mi propia existencia.

Porque las horas pasaban con asombrosa rapidez y, al pasar, traían y traían, instante por instante, todo cuanto se hallaba ya en mi pensamiento.

Y así, las desdichas, lo eran para mí mucho antes de que llegasen; mientras que los momentos de ventura dejaban de serlo, puesto que al llegar, existiendo vivos en mi mente, se hallaban ya conmigo.

La felicidad que yo había cifrado en la misteriosa revelación á tanto riesgo conseguida, habíase convertido en insufrible tortura.

Mi ser se aniquilaba, mientras perdía su fuerza mi voluntad y se perturbaba mi inteligencia. Parecía como si la tierra faltase á mis plantas, la luz á mis ojos y á mi pecho la vida.

Cien buitres, cebándose en mis entrañas, no causarían al cuerpo el bárbaro dolor que producía en mi ánimo aquella visión aterradora.

Hasta la muerte aparecía lejana ante mis ojos para que ni me quedase el mísero consuelo de refugiarme en su calma bienhechora.

. . . .

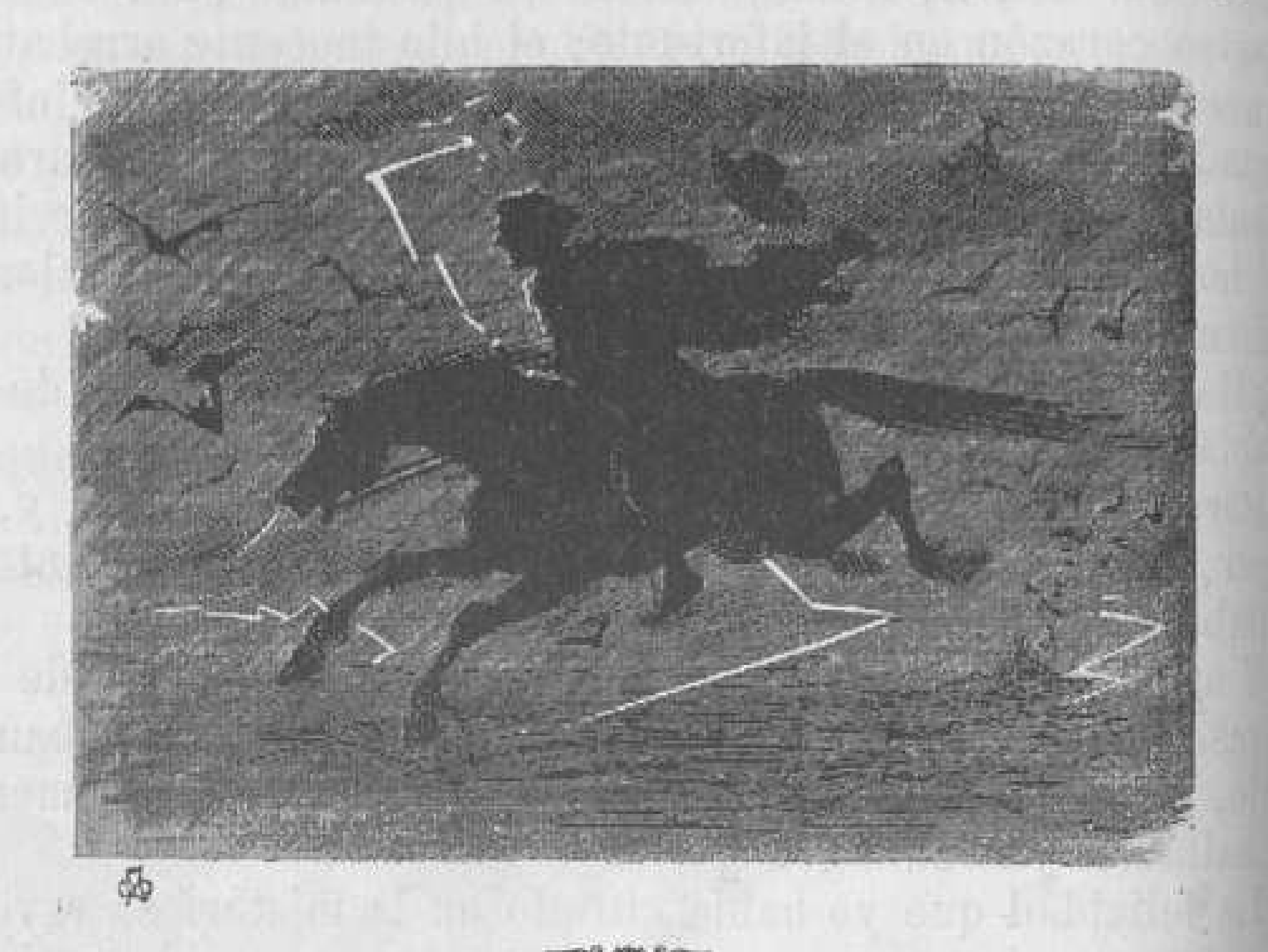
Una noche negra, negra como mi pensamiento, tormentosa como mi destino, dominado por la desesperación, presa del vértigo, lancéme de nuevo, sin temor, caballero en mi brioso corcel, á través de la selva.

Y allí, prosternado, abatido, la frente en el polvo, pedí al Mago rojo, entre sollozos de angustia, que arrancase de

mi cerebro aquella ciencia maldita y me devolviera mis queridos recuerdos...

Y entonces, tornó á ser para mí el sol radiante, azul el cielo, embalsamado el ambiente, hermoso el amor, porque volvió á brillar de nuevo en mi corazón la luz de la esperanza.

RAFAEL CALZADA.



ESPAÑA

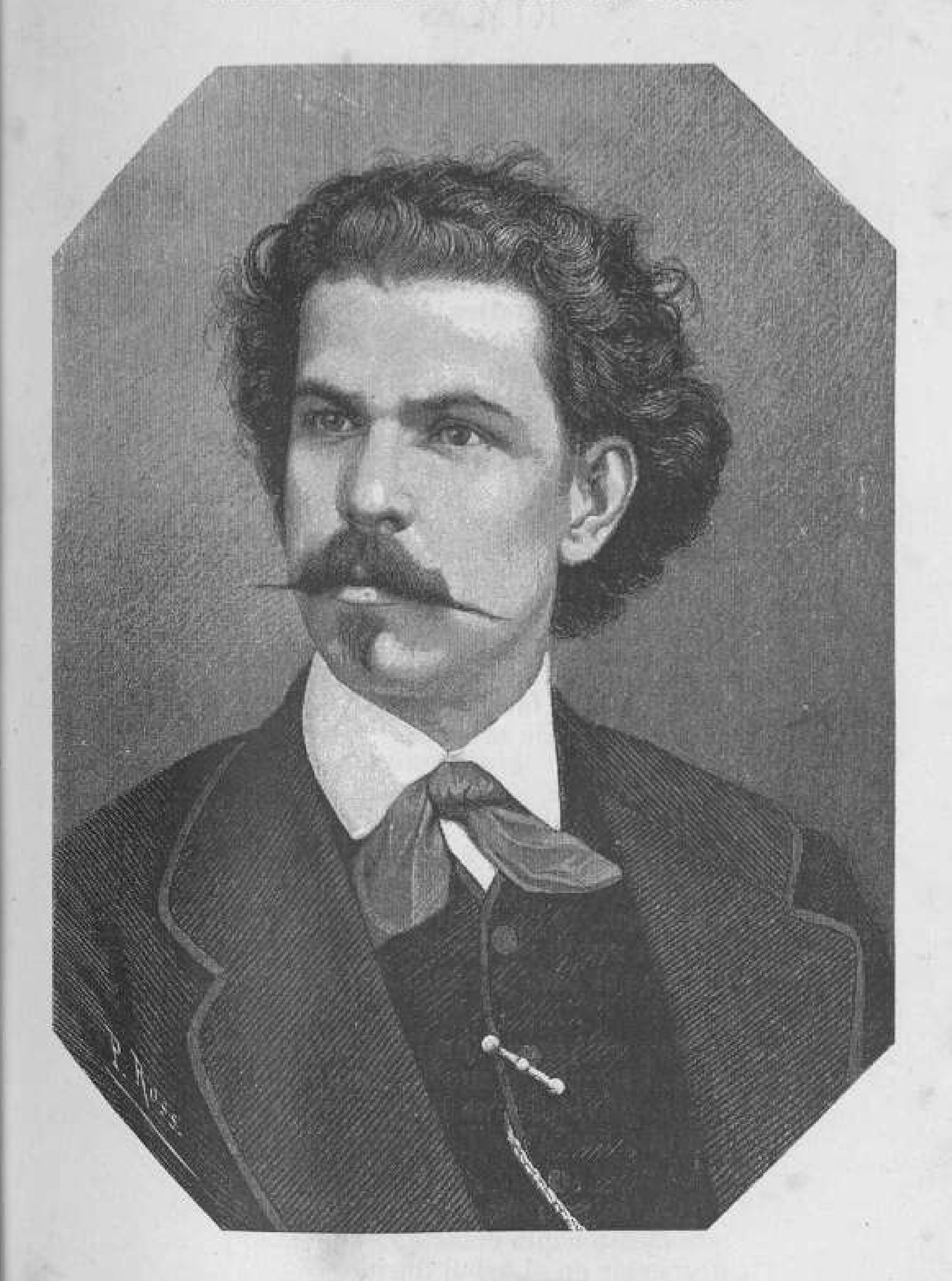
SONETO

Atenta en lo pasado la memoria,
la altiva sien de lauros abrumada,
tras hondo afán, reposa ya cansada
de ser la favorita de la historia.
¡No, no ha caído España! La victoria,
su esclava, espera sólo la alborada,
en que despierte de esplendor cercada
en el inmenso templo de su gloria!
Y sacudiendo entonces la cabeza
con nuevos bríos se alzará potente
de su pasado entre el rumor profundo,
para ser, sempiterna en su grandeza,
con la luz del progreso en la alta frente,
reina del porvenir, gloria del mundo!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS

Buenos Aires, 1888.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Carlos Gomes

ILUSTRE MAESTRO COMPOSITOR BRASILEÑO

RIMAS

I

En el libro lujoso se advierten
las rimas triunfales,
bizantinos mosaicos, pulidos
y raros esmaltes;
fino estuche de artísticas joyas,
ideas brillantes;
los vocablos unidos á modo
de ricos collares,
las ideas formando en el ritmo
sus bellos engarces,
y los versos como hilos de oro
do irisadas tiemblan
perlas orientales.
¡Y mirad! En las mil filigranas
hallaréis alfileres punzantes;
y en la pedrería
trémulas facetas
de color de sangre.

VI

Hay un verde laurel. En sus ramas
un enjambre de pájaros duerme
en mudo reposo
sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas
que el terral melancólico mueve,
se advierte una lira
sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado
de un soplo celeste,
despertar en el árbol florido
las rimas que duermen!

¡Y flotando en la luz el espíritu
mientras arde en la sangre la fiebre,
como «un himno gigante y extraño»
arrancar á la lira de Becquer!

IX

Tenía una cifra
tu blanco pañuelo,
roja cifra de un nombre que no era
el tuyo, mi dueño.

La fina batista
crujía en tus dedos.
—¡Qué bien luce en la albura la sangre!...
te dije riendo.

Te pusiste pálida,
me tuviste miedo...
¿Qué miraste? ¿Conoces, acaso,
la risa de Otelo?

Santiago de Chile.

RUBEN DARÍO.

INVIERNO

Las hojas han caído;
las angulosas ramas se bifurcan
entre el pálido azul del horizonte,
y sólo queda, del amor, el nido
en la desnuda soledad del monte.

Es que del verde inquieto
faltó el dosel á las vibrantes alas
de rubor y pasión estremecidas,
y el amor es un tímido secreto
que se cuenta en penumbras escondidas.

Las gotas del rocío
destilan como lágrimas, mojando
del árbol mustio la alfombrada planta,
olvidadas del sol, pálido y frío,
que arrebujado en nieblas se levanta.

Y al viento se abandona,
urna de amor, entre el ramaje helado,
el nido melancólico y desierto;
es la eterna esperanza: es la corona
que en brazos de la cruz guarda su muerto.

1888.

MARTÍN CORONADO.

UNA DUDA



—¿No encuentras mis pantalones?
—Por más que en buscar me afano,
no doy con ellos; en vano
registré hasta los rincones.
—¡Pues, señor, estoy lucido!
¿y qué hago en tan serio apuro?
—Pero... ¿está usted bien seguro?...
—¿De qué?
—De haberlos traído.

EPIGRAMA

—¿Sabes, amigo Pascual,
que tu primo el novelista
tiene otro hijo natural?
—No me extraña... ¡como el tal
siempre fué *naturalista!*

LA PARTIQUINA

(HISTORIA DE UNA PATTI)

I

Yo estaba entusiasmado con la música que el maestro C... había puesto á mi zarzuela.

Se goza mucho, á lo menos yo gozo, oyendo uno como le cantan los versos que ha escrito en silencio y como le tocan á toda orquesta las situaciones que ha concebido.

Pero pasemos adelante, que eso no es lo que interesa. Hasta aquí no he hecho más que enterar á mis lectores de una debilidad mía.

Estaba entusiasmado con la música del maestro C..., que había quedado completa y obtenido el estado de partitura, dos años y medio después de la fecha para la cual el susodicho compositor me la había prometido.

Yo hubiera deseado llevar al estreno de mi obra, es decir, de nuestra obra, porque la experiencia me enseñó que también era del maestro, no solamente á mis amigos, que tengo pocos, sino asimismo á todos mis conocidos, que tengo muchos, y á mis conocidas, que tengo más.

Por fortuna para la obra y para mí, la empresa del teatro, sabiendo muy bien lo que se hacía, no me concedió más de una docena de billetes. Esto aseguró el éxito.

Los amigos siempre se quedan con las manos quietas, aunque el estreno que presencien sea el de *Hamlet* ó de *La vida es sueño*, vamos al decir. En cambio, y por dichosa compensación que enternece el alma, esos amigos que se callan en el éxito, acuden tiernos y solícitos á prestar toda clase de consuelos en los fracasos.

Lo que ha dicho no se quién, gran conocedor del ramo de amigos: «En las adversidades se conocen éstos.»

II

Pero Gonzalo, el pobre Gonzalo, es una excepción de la regla general.

Le gusta todo y se entusiasma siempre.

¡Lo que ha palmoteado Gonzalo en esta vida!

Es un alma noble y ardiente, según deben tenerla los angelitos que rodean el trono de Dios.

No sabe lo que es silbar.

Un público de Gonzalos quisiéramos en los estrenos todos los que escribimos para la escena.

Yo no disponía más que de un Gonzalo, y á ese le mandé al teatro con uno de los doce billetes de favor que debí á la munificencia del empresario.

En la hora de la calentura, cuando por las tablas desiertas y oscuras se pasea el autor como un león enjaulado, temiendo, casi dando por inevitable la tempestad de la derrota, Gonzalo era mi esperanza y mi alivio.

—A lo menos, decía yo en mis adentros, á él le gustará.

Y por el agujero del telón le dirigía mi mirada cariñosa y prematuramente agradecida.

Allí en su butaca de platea, número 15, fila 2.ª, estaba él con su sonrisa de todos los días, preparado á saborear las bellezas lo mismo que los disparates de la obra; lo que ésta tuviera.

¡Buen Gonzalo! Como que él dice que la comedia mejor que ha visto es la de cierto amigo común de los dos, que fué silbada, gritada y pateada solemnemente.

Es decir, se refiere Gonzalo á los dos primeros actos de la recordada comedia, porque ésta tenía tres, y el tercero no llegó á representarse.

Vamos á mi zarzuela.

III

¡Qué éxito tuvimos!

O por decirlo mejor, ¡qué éxito tuvo mi cómplice, el maestro C...!

En el libro, en las situaciones, en los versos no se fijó nadie.

Para que luego vaya uno á escribir zarzuelas.

Un éxito ruidoso en cuyos gloriosos efectos, aunque no me alcanzaban, yo me consideré comprendido.

Mi alborozo no tenía límites y mi orgullo tampoco.

Rechacé briosamente á un editor con galería que se llegó á ofrecerme mil quinientos reales por mis derechos de propiedad.

—¡Cómo estará Gonzalo! pensaba yo á cada ovación que salía á recibir, cogido de la mano del maestro C...

Ya me tardaba verle.

Al concluirse la función me fuí derechito en su busca.

Le pillé en la puerta de la calle.

Pero ni me abrazó, ni me dió el beso que yo le había visto dar á todos los autores de algo.

Salía con el rostro cariacontecido, y se vino á mí silencioso.

—¿Qué tal? le pregunté yo, á guisa de excitante.

Y me salió por los cerros de Ubeda.

Me dijo lastimera, doloridamente:

—¿Conque está ahí la Marcela?

—¿Quién es la Marcela?

—Esa que ha cantado en tu obra.

—No, chico. La ha cantado la Soler Difranco.

—Quiero decir la otra.

—¿La partiquina?

—Marcela.

—Ni sé cómo se llama. Si es una parte de por medio...

—Pues esa.

—¿Te ha llamado la atención una racionista que ha salido á cantar cuatro notas desafinadas y á decir media docena de bocadillos?

—Esa.

—Pero si es muy mala y muy fea.

—Ha sido muy buena y muy hermosa.

—¡Ah! ¿tiene su historia?

—¡Ya lo creo!

—Cuéntamela.

Llegábamos al café; nos sentamos, pedí mi chocolate, Gonzalo pidió su chica de Baviera, y mientras hacíamos cada cual su consumo, el pobre muchacho me refirió la historia de Marcela, la partiquina.

IV

—Marcela ha sido mi artista. Yo la descubrí, yo la formé, yo la empujé por la senda del arte, que la ha conducido ¡ay!... á los puestos ínfimos del cartel de una compañía zarzuelera.

Conocíla en el Conservatorio, allá en un tiempo que yo dejé suspendida mi carrera de abogado, para ir á convertirme en un Tamberlick, (entonces aún no se decía un Gayarre). Yo me había sorprendido una voz de tenor excepcional y sentía en mi sangre bullir el arte derretido. No seguí aquellos estudios y dejé huérfano de mi gloria al arte lírico, por exigencias de familia relacionadas con el testa-

mento de cierto tío carnal mío, muy prosaico y muy acomodado, que por entonces se murió.

Pero Marcela siguió adelante. Dediqué mi ahinco y mi dinero á la empresa de hacerla artista. ¡Estaba enamorado de ella como un orate! Verás... Cuando la conocí no iba al Conservatorio á aprender nada, porque ella jamás había sospechado que en su alma ardiera el sacro fuego á cuyo calor yo me abrasé. Sus aficiones eran el pespunte y el bordado; siempre hablaba de camisas y de servilletas, de canastillas de boda y de paños de comunión. Una ignorancia de su mérito, que la hacía idolatrable.

A la Escuela de música y canto iba acompañando á una prima en cuya casa estaba recogida, pues Marcela era huérfana, y aunque no tenía padre, ni madre, ni perrito que la ladrase, tenía una tía, mamá de la prima mencionada, cuyos ladridos tuve yo ocasión de oir y gozar, cuando empecé á requerir de amores á la sobrina.

No iba, pues, á aprender.

Un día que le dió la ocurrencia de tararear no sé qué cosa, lo hizo con tal expresión y dejándome adivinar bajo el envoltorio de la media voz, una voz entera tan hermosa, tan dilatada, tan cristalina y al mismo tiempo una expresión tan arrebatadora, que yo consideré un crimen de leso arte dejar en bruto aquella piedra preciosa.

La propuse que estudiara el canto, y ella rehusó, alegando que no lo sentía. ¡No sentir ella el arte, cuando tarareando nada más, me arrebataba de entusiasmo!

No me sometí. Yo la adoraba ciegamente como mujer, á pesar de que todo el mundo decía que era fea, y la admiraba por anticipado como artista, aunque ella misma se negaba ingenuamente esta calidad.

Fuí á hablar con la tía, la de los ladridos. Ofrecíla apoyo, maestros, viajes á Milán, triunfos para el porvenir, beneficios con coronas y joyas, escrituras de cinco mil francos diarios en Europa y de millones en América. La buena señora, toda asombrada de tener sin saberlo un filón semejante oculto en su domicilio, aceptó mis ofrecimientos con el alborozo más enérgico. Desde aquel día no nos ladró más ni á Marcela ni á mí.

—Es preciso que no se pierda el tesoro que posee esta criatura.

Quieras que no, la niña hubo de dejar sus labores para

coger el método. Su tía la encadenó al piano, yo la enterré entre libros de música, papeles, canciones sueltas y partituras; la paseé por los gabinetes de todos los maestros; pagué lecciones á cinco duros, á diez, á veinte y á cincuenta. Una vez dí ocho mil francos á cierto tenor famoso, porque viniese á cantar el duo del *Faust* con ella en nuestra reunión de los domingos por la noche. ¡Lástima de dispendio! porque Marcela estuvo muy turbada aquel día, y mi dinero no lució.

La misma contrariedad la perseguía todas cuantas veces su señora tía y yo nos empeñábamos en llevarla á cantar á alguna parte. Siempre estaba turbada. Y era el miedo, la modestia de los genios.

Este era el rasgo más saliente de aquel espíritu de artista, de aquella notabilidad futura, eminencia infalible en estado de larva. Pero yo continuaba diciendo, (á su tía por supuesto, porque ella, mi diva adorada, jamás prestaba oídos á mis amores ni á mis lisonjas), continuaba diciendo:

—¡Será una Patti!

Y me quedaba en el alma cierto escozorcillo que me hacía añadir por lo bajo:

—¡Una Patti! Ya daría la Patti algo por haber llegado adonde llegará esta criatura mía.

V

Y Marcela á todo eso no se revelaba. El genio se mantenía acurrucado en el fondo de su ser, y sólo á la fuerza mayor de su tía debió la muchacha, aquella niña de mis amores, llegar á soltar la voz en escalas, arpegios y gorgoritos y á descifrar las solfas, acomodándose al compás de la mano ó de la batuta.

Un día,—la impaciencia me devoraba,—yo declaré que la niña era ya una artista hecha y derecha. La tía asintió, y únicamente el maestro oponía algunos reparos.

—Desengáñense ustedes, dije yo. Esta niña ha de ir á las tablas. Allí perderá el miedo y verán ustedes qué vuelo toma.

Marcelita lloraba, resistía; se nos puso enferma. Pero su tía y yo no parábamos de repetir á duo:

—¡Nada, nada, á la escena! Allí es donde te vas á hacer una Patti.

Empleé toda mi influencia y una partida no despreciable

de mi caudal, para conseguir que Marcela se presentase á cantar en el teatro de la Opera.

Salió el cartel anunciando *La Traviata.*

Llegó la noche; condujimos á Marcela, casi atada de pies y manos, á su camarín del teatro.

Me fuí á mi butaca ebrio ya con el triunfo que aquella amada mía iba á obtener.

Apareció, cantó...

¡Cómo la silbaron!

Entonces caí en la cuenta de que la culpa era de los maestros, todos muy malos, que había tenido.

—¡A Milán! dije.

Y nos la llevamos prisionera á Milán.

VI

Al cabo de un año volvía á debutar.

Yo había tomado para el caso un politeama, extramuros de una población italiana.

Otra vez la silbaron.

La llevé á Niza.

Otra derrota.

El genio no se revelaba. Y sin embargo, yo sabía que estaba allí, en aquel espíritu y aquel cuerpo que me tenían fascinado.

Marcela, la pobrecilla, nos había tomado horror á su tía y á mí; ¡á mí que la adoraba! Porque te lo juro, chico, esa mujer, esa partiquina, esa Patti frustrada ha sido la criatura ideal de mi vida, ha sido mi pasión.

Yo no he sido la suya. En prueba de lo cual y deseando expatriarse de la escena, que era su potro, se escapó un día con un abonado del teatro en que la teníamos ajustada, ó más propiamente, condenada á canto forzado. ¡Huyó, chico, dejándome el corazón hecho añicos! Yo estoy seguro de que no amaba al raptor; ¡oh no! Aquel hombre no podía cautivar el alma de aquella artista privilegiada. Era un hombre de afeitado bigote, labio rapado, que llevaba la cara encerrada entre dos patillas, rubias como unas candelas; uno de esos seres que prefieren parecerse al conejo en lugar de parecer hombres. Yo siempre he creído que el bigote es el primer atributo del rango varonil.

Marcela lo creía también; estoy seguro.

Pero escapó con el seductor sin bigote.

La perdí para siempre y me volví acá á llorarla sin consuelo.

He seguido su historia de lejos hasta hace unos cuatro años que volvió á desaparecer.

Registrando sin cesar los periódicos teatrales de todo el mundo, pues me suscribí á todos, de cuando en cuando me hallaba con estas palabras en alguna lista de formación:

«Comprimaria, signorina Marcella R...»

¡Siempre comprimaria! ¡No salía de comprimaria! ¡Pobre Patti malograda!

De pronto su nombre desaparecía de los *elencos* de compañía. ¡Oh! yo me explicaba bien lo que significaban aquellas desapariciones: era que encontraba un amante, sin bigote ó con bigote, que la redimía del cautiverio de la escena. Cuando el amante la dejaba volvía al teatro á recibir las acostumbradas silbas.

Ahí tienes quién es Marcela, esa parte de por medio que estaba destinada á alborotar el mundo, esa partiquina de tu zarzuela: es la ilusión perdida de mi alma, es el amor, aquel único amor que se siente en la tierra, es el desconsuelo y la tristeza en que vivo.

VI

Mi amigo se calló al acabar de referirme la historia de Marcela.

Miróme esperando mi comentario, mas como yo no se lo decía él se determinó á solicitarle.

—¿No exclamas: ¡pobre Gonzalo! me dijo.

—Mejor exclamaría: ¡pobre Marcela! ¿Por qué no la dejaste en paz haciendo pespuntes y bordando paños de comunión?

—Porque era una artista. ¡Te juro que era una artista! Pero ella no ha querido serlo; todavía sigue no queriendo.

—¿Cómo que sigue no queriendo?

—Sí. En un intermedio de tu zarzuela he ido á su cuarto, al chiribitil que la empresa la ha destinado. Ofrecíla de nuevo mi protección, mi amistad, quizás mi amor... Me ha echado fuera á cajas destempladas.

—Es muy justo: tú la has hecho partiquina.

—¡Y quería haberla hecho una Patti!

José Feliu y Codina.

Madrid, Mayo 1888.

LA CORRUPCIÓN DEL SIGLO



—¡Qué es lo que miro, insensata!
¿un libro de Zola? ¡horror!
—¡Pero, querido doctor,
si yo no sé de qué trata!
Hoy se lo compré á un librero,
quizás de sobra inexperta...
porque tiene la cubierta
del color de mi sombrero.

EPIGRAMA

—¿Dónde vas corriendo, Gil?
—A hacer una diligencia...
—Pues no seas zascandil,
y haz, si tienes tanta urgencia,
más bien un *ferrocarril*.

CANTOS DEL HOGAR



Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos,
que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
y monta en una caña endeble y hueca,
besa Margot con labios de granado
los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas
y alegres sueñan en tan dulces lazos:
él, que cruza sereno entre las balas;
ella, que arrulla á un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
el *kepí* de papel sobre la frente,
alienta el niño en su inocencia grata
el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa en sus juegos infantiles,
que, en este mundo que su afán recrea,
son como el suyo todos los fusiles
con que la torpe humanidad pelea;

Que pesan poco, que sin odios lucen,
que es igual el más débil al más fuerte,
y que, si se disparan, no producen
humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana!
siempre lo opuesto buscas en la tierra:

ya delira Margot por ser anciana,
y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar me aflijo y callo...
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?
sueña el niño con armas y caballo;
la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
la niña arrulla su muñeca inerme,
y mientras grita el uno: ¡Fuego! ¡fuego!
la otra murmura triste: ¡Duerme! ¡duerme!

A mi lado, entre juegos tan extraños,
Concha, mi primogénita, me mira;
¡es toda una persona de seis años
que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
cuando la negra duda me avasalla,
se me cuelga del cuello, me da un beso,
se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
y oprimiendo mi mano entre sus manos,
parece que medita en muchas cosas
al mirar como juegan sus hermanos.

Margot, que canta, en madre transformada,
y arrulla á un hijo que jamás se queja,
ni tiene que llorar desengañada,
ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles,
que ya se finge apuesto caballero,
no logra en sus campañas infantiles
manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¿cómo han de ser los sueños de los hombres
más dulces que los sueños de los niños?

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
turbar jamás vuestra inocente calma;
no dejéis esa espada y esa cuna;
¡cuando son de verdad, matan el alma!



LAS BODAS

Dos sillones sirviéndoles de altares,
los dos niños cogidos de la mano,
de blanco y coronada de azahares
se va á casar Margot con Juan, su hermano.

Por infantil y extraña anomalía,
que no sé si á los teólogos asombre,
en cura de almas se cambió María
y oficia el acto convertida en hombre.

Es graciosa la novia; su vestido,
entiéndase mejor, el nupcial traje,
es un chal de burato desteñido
cuyos rasgones suplen al encaje.

Las flores que la adornan en la frente,
más que corona semejando venda,
han crecido en los bordes de la fuente
que tiene el jardincillo de la hacienda.

El traje del galán no tiene pero;
es un frac de papel por mí cortado;
usa en la ceremonia mi sombrero,
bastón de borla y pañolón bordado.

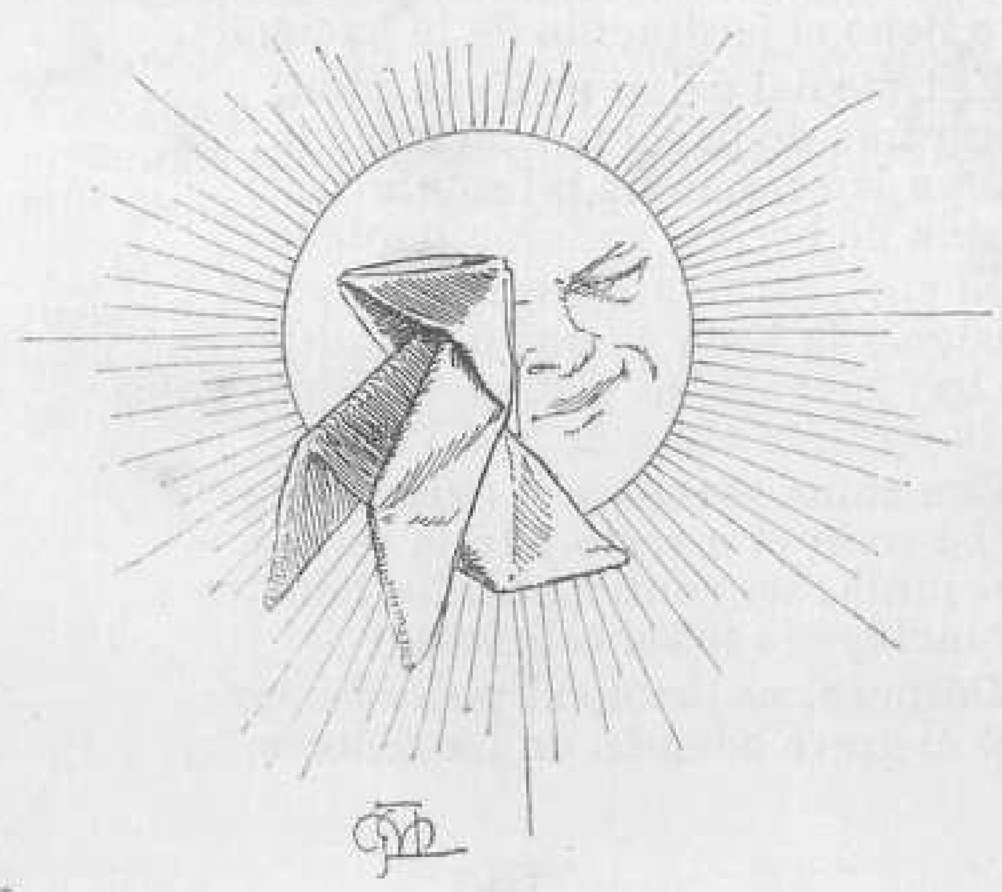
Ni curiosos ni amigos imprudentes
asisten á la boda de que os hablo;
no hay suegros, ni padrinos, ni parientes,
ni la epístola citan de San Pablo.

Con suma sencillez el cura dice:
—Tú serás el marido y tú la esposa.—
Los junta, los contempla, los bendice,
y concluye la fiesta religiosa.

Después, cediendo al poderoso lazo,
con el grave ademán de los señores,

la dama y el galán que le da el brazo
se alejan por los anchos corredores.
—Oigan, les grita el cura femenino;
que no vuelva á mirarlos enojados.—
Y ellos dicen, siguiendo su camino:
—¿Enojarnos? ¡ya no! ¡somos casados!—
Espectador que al verlos se enajena,
era yo aquella vez, y me entrometo
y pregunto á los héroes de esta escena
sin miedo á que me falten al respeto:
—Yo ví lo que habéis hecho, y necesito
que aquí sin engañarme ni engañarse,
me digan, tú, Margot, ó tú, Juanito,
lo que habéis entendido por casarse.
Y en seguida el varón contesta ufano
sin temor á un engaño ni á una riña:
—Casarse, ¿no lo ves? es dar la mano
cada vez que se quiere á alguna niña.
Nunca enfadarse ni reñir por nada,
sentarse juntos y jugar contentos,
ir á correr los dos por la calzada
y contarse en la noche muchos cuentos.
—¿Y es la primera vez que te has casado?
y me responde Juan con ironía:
—No, papá; van tres veces, y he pensado,
en casarme esta tarde con María.—
Al oir esta frase sentenciosa
de la boca infantil de aquel marido,
quedéme enfrente de la humana prosa
en hondas reflexiones sumergido.
El pecado, pensé, vive en lo impuro
de una alma enferma, desgarrada ó seca.
¿Por qué peca el polígamo maduro?
¿Por qué el niño polígamo no peca?

Méjico. JUAN DE DIOS PEZA.





Dr. D. Félix Martín y Herrera

DISTINGUIDO JURISCONSULTO Y AUTOR DE VARIAS OBRAS DIDÁCTICAS.

¡BRRR!



La escena representa un elegante retrete. En primer término *Don Julián,* muellemente arrellanado en una silla-hamaca, leyendo un periódico, y, á su lado, su señora, haciendo *crochet.* Es de noche.

El.—(Soltando el periódico y acercándose á su mujer): ¡Caramba! ¿sabes que hace frío, Rosa? ¡Brrr!...

Ella.—¡Frío! ¡frío!...

—¡Palabra de honor!

—Hoy hace justamente dos años que nos casamos...

—¿Y qué?

—¡Pues nada!... ¡que hace dos años no sentías frío!

—¡Qué quieres, hija! las naturalezas cambian, y... ¿sabes que estás muy bonita esta noche?

—¡Quita, loco!

—¡Qué calorcillo tan agradable se experimenta á tu lado!

—¡Julián!

—¡Eso es! ponte ahora seria... ¿A caso es prohibido hacer

el amor á la mujer propia? Verdad que el espectáculo no es muy común; pero...

—¿Se te va pasando el frío?

—Me parece que sí... ¡Ah! ¡si supieras cuánto te amo! ¡con qué íntimo deleite aspiro el suave aliento que, como rojo clavel abierto, exhalan tus labios, y con qué delicia se baña mi alma en la purísima luz de tus ojos!... ¡Rosa! ¡Rosa! ó me abres tus brazos ó emprendo un viaje aéreo desde este balcón... á la calle.

—Hombre, me parece que tú no estás bueno; te habrá hecho mal la comida.

—¿Eh? Se me figura que eso de confundir el amor... con la indigestión, es una barbaridad. ¡Ingrata! ¿te pesa, por ventura, que mis amorosas frases vuelen á acariciar tu oído como aladas estrofas?

—No, ¡pero como antes te mostrabas tan tibio!

—Tú tienes la culpa, Rosa; tú, que has revuelto con la badila del recuerdo el fuego escondido en mi corazón. Efectivamente, hoy hace dos años que nos casamos... ¿cómo pude olvidar semejante fecha? ¡qué noche! más de una vez tuve que asomarme al balcón para refrescar mi ardorosa frente... ¡y eso que las narices de los convidados que iban llegando, marcaban quince grados bajo cero!... Y ahora que recuerdo, ¿qué habrá sido de mi amigo Pancho, ¿te acuerdas de Pancho? el miembro más entusiasta de la Sociedad Protectora de los Animales... ¡cuánto se interesó el pobre por mí!

—¿Y aún te atreves á nombrar en mi presencia á ese... caballero?

—Pero... ¿en qué te pudo ofender?

—¡Pues qué! ¿no hizo todo lo posible por deshacer nuestra boda?

—No es extraño... ¡como que era mi mejor amigo! Dios se lo tenga en cuenta... corriente. Aquella memorable noche fué á verme á casa temprano.—¿Conque no hay esperanza? murmuró, dejándose caer desplomado sobre una butaca.—Dentro de pocas horas Rosa será mía, le dije por toda contestación, y con los ojos radiantes de placer.—¡Tuya! ¡tuya! ¡no, infeliz! ¡tú serás de ella! exclamó agitándose nerviosamente en su asiento: casarse es abdicar el cetro en manos de la mujer...—¿Y si me niego á la abdicación? le objeté.—No hallarás más que traiciones y rebel-

días y estallará en tu hogar la guerra civil, que acabará por derrocarte. La historia general del matrimonio está llena de destronamientos; por medianamente enamorado que esté, no hay hombre que resista á las seducciones y halagos de una mujer bonita y de ahí que pierda la cabeza... y con ella la corona. ¿Y qué me dices de la insufrible esclavitud de la vida conyugal? ¡la vida conyugal! ¿qué es la *vida conyugal?* la misma frase te lo indica: *vivir con yugo...* Parece imposible, añadió, que se deje casar así á la gente... ¡pues qué! ¿ya no hay manicomios en el mundo?—El que



está loco eres tú, dije soltando una carcajada.—Pues entonces, exclamó amostazado: anda, imbécil, renuncia á la libertad y deja que el amor te ponga sus grillos de oro... yo me lavo las manos.—¡Ea! ya estoy vestido, murmuré, lanzando un suspiro que abrasó mis labios como una llama; ¿quieres acompañarme?—Dispensa, dijo; no tengo valor... ¡si me convidaras á cazar tigres!...—No seas terco y vén conmigo á la peluquería.—Pancho se resignó de malísima manera y me siguió maquinalmente. Pero ¡oh inesperado contratiempo! la peluquería estaba cerrada.—No te apures, me dijo Pancho con acento singular; ahí, á dos pasos,

conozco una, donde hay manos blancas y suaves, verdaderas manos de ángel, que afeitan primorosamente.—Seguíle ¡incauto de mí! y poco después penetrábamos en una sala de aspecto sombrío y débilmente alumbrada, á cuya vista sentí escalofríos; el suelo estaba alfombrado de cabellos... y hasta creo que de cabezas; quise retroceder, pero era tarde; un mocetón alto y fornido, cuyos ojos, inyectados en sangre y desmesuradamente abiertos, parecían querer saltar de las órbitas, se apoderó de mí gesticulando y me hundió en un sillón... yo estaba más muerto que vivo; de pronto el berberisco aquel, porque era indudable que me encontraba, no ya en una barbería, sino en plena Berbería, empezó á llenar de copos de espuma mi cara... después se dirigió á un ángulo oscuro de la sala, tiró bruscamente del cajón de una mesa y se quedó buscando algo... tal vez el hacha de afeitar. Miré á Pancho con expresión de suprema angustia... ¡y ví que el infame se sonreía!—Pero ¿dónde me has traído? ¿quién es ese hombre? dije temblando.—¡Bah! no tengas miedo, me contestó encogiéndose desdeñosamente de hombros; ¿te asustan los locos?—¡Los locos! exclamé horrorizado; ¿conque ese bárbaro...?—Es un pobre francés que ha perdido el juicio; pero no temas; su locura es inofensiva... se cree el verdugo de París.—No quise saber más; como despedido por un resorte de acero, salté del sillón y me lancé á la calle, enjabonado y todo, no parando de correr hasta encontrar una peluquería donde no hubiese verdugos que afeitaran. ¡Buen susto pasé! ¡mira tú que caer en manos de un barbero loco! Verdad que Pancho me sostuvo después que era peor casarse, pero así y todo tuve un mal rato, hija mía.

—Bien empleado te estuvo por dejarte llevar de malas compañías.

—Afortunadamente para mí se borró pronto aquella desagradable impresión, y la calma, cual ave del cielo, descendió de nuevo á mi atribulado espíritu... ¿quién no olvida sus disgustos cuando se ve en brazos de la mujer que adora? ¡y cuidado si estabas monísima aquella noche con tu poético traje de desposada! En tu cabeza gentil florecía toda una primavera de azahares, y en tus mejillas otra primavera de rosas... los suspiros, que ardorosos brotaban de mis labios, se confundían con los tuyos como las chispas de una hoguera, y á nuestro paso levantábase un sordo murmullo de

admiración y de envidia... ¡Ah! ¿cómo pude olvidar la efeméride más dichosa de mi existencia?

—¡Y tener frío!

—¡Qué quieres! los negocios... tú no sabes lo que son los negocios, Rosa. Pensaba en la Bolsa, en la situación económica que atraviesa el país, y me olvidaba... ¡me olvidaba de que hace dos años no pensaba en nada de eso! ¿Te acuerdas, Rosa?

—¡Vaya si me acuerdo!

—Tu mamá lloraba desconsoladamente en un rincón de la sala... ¡pobre señora!—*¡Se lleva usted una alhaja!*



me decía, colgándose de mi cuello... y la verdad, más de una vez me pregunté si no serías realmente... una *alhaja*.

—¡Ah infame!

—¡Qué quieres! Pancho me había llenado la cabeza de ideas descabelladas... pero afortunadamente mi suegra no me engañó. ¡Dios se lo pague!

—En cambio tú...

—¿En cambio yo... qué?

—No te portas conmigo como se portan los que quieren de veras á su mujer.

—¿De qué me acusas?

—De que antes te recogías temprano y ahora vuelves tarde.

—Los negocios...

—¡Buenos negocios te dé Dios! recuerda aquel anónimo.

—¿Qué anónimo?

—No te pongas colorado, Julián.

—¿Colorado? ¿yo colorado? ¡pues no dice que me pongo colorado!

—Todavía no has arrancado de mi pecho tan cruelísima duda... ¡ah, Julián! ¿quién era aquella rubia?... ¡alguna perdida!



—¡Calumnias! no hay que hacer caso de los anónimos; la verdad hiere de frente.

—Sin embargo, tú no sales del club, y... ¡qué quieres que te diga!

—¿Acaso las rubias van á los clubs?

—Pudiera ser algún club... de equitación.

—¡Qué disparate!

—En fin, dejemos á la rubia... ¿á qué mortificarme con tales pensamientos?

—Eso es, y hablemos de nuestro amor.

—¡A buena hora te acuerdas! más de una vez has rechazado mis caricias...

—Perdóname, Rosa... no lo haré más.

—No te aproximes tanto.

—¡Qué quieres! el frío se ha echado encima de repente, y como no habéis encendido aún la chimenea...

—¿Te acercas á mí?

—Sí, hija; á tomar el sol... de tus ojos.

—Pues cuida que la nube de la indiferencia no te oculte sus rayos.

—¡Rosa! tú no harás eso que dices... ¡no lo harás, Rosa! ¡Hola! ¿ya no se reconoce mi autoridad? Haga usted el favor de darme un abrazo... y un abrazo apretado ¡así! No he cometido delito de tan alta traición, para que me destierres á la Siberia de tus desdenes. Todo marido tiene derecho á estar al lado de su mujer.

—Cuando no se lo impiden... los negocios.

—Y á decir que la ama, aunque parezca ridículo.

—¡Mientras no vuelvas á quejarte de frío!...

—¿Yo? te autorizo para que pidas el divorcio... ¿quién siente frío, en la zona tórrida del amor?... ¿Me quieres, Rosa?

—Sí... pero déjame hacer *crochet*.

. . . .

El.—(media hora después): ¡Brrr!

Casimiro Prieto.

SONETO

No por valle feliz ó por praderas
floridas y risueñas se desliza,
como corriente azul que apenas riza
el aura de perennes primaveras.

Majestuoso se extiende y sin riberas!...
vasto mar que sin treguas martiriza
un interno volcán, su fuego atiza
rudo viento con ráfagas ligeras!

Tal el genio se ve. Cruza la vida
negado, combatido; sufre, llora,
su infinita ansiedad no ve cumplida.

Muere al fin; pero, á veces, brilladora,
de su tumba infeliz, desconocida,
nace una eterna luz, surge una aurora!

Segundo I. Villafañe.

ENFERMEDAD SECRETA



—Dígame, señor doctor:
¿qué enfermedad me atormenta?
—Lo que usted tiene, á la cuenta
á mi entender es... *amor*.
—¿Cómo puedo yo querer
al simplón de mi marido?
—Pues si no es él el *querido*
algún otro debe ser.

ALBERTO LLANAS.

CANTARES

Arcos de oro son tus cejas
y Amor con ellos dispara,
contra amantes corazones,
las flechas de tus miradas.

Que es una jaula, me dices,
y es verdad, el matrimonio:
primero, de pajarillos,
pero más tarde, de locos.

EN TRES ABANICOS

I

EN EL DE ADELAIDA

Que sea este abanico,
bella Adelaida,
talismán misterioso
para las almas;
y su aire, al menos,
mitigue el mal que causan
tus ojos negros.

—

Que sus blandos vaivenes
y leves giros,
aumenten de tus gracias
los atractivos,
y su aire suave,
perfumado en tu aliento,
rinda al que ames.

II

EN EL DE LOLA

La vida es sueño, dijo el poeta,
fugaz quimera, vana ilusión;
pero, no, Lola; para el que siente
cierta es la vida, cierto el amor!
¿Dudas acaso? Pues en secreto
que te lo diga tu corazón.

III

EN EL DE EMILIA

Versos me pides, Emilia,
pero me faltan ideas,
y versos sin esa lumbre
son para mí flores secas.
Te daré, en cambio, deseos
de que tengo el alma llena:
que te quieran cual tú quieras,
que seas feliz, como buena.

Angel Menchaca.



CUADRO ORIENTAL

Aiscé, mujer del opulento Mahmud, se aburre soberanamente en el harém. No bastan á sacudir su hastío las nuevas mujeres que de tiempo en tiempo vienen con justos derechos á disputarle el lugar que ocupa en el corazón de su señor, y á vivir bajo el mismo techo, y á gozar los mismos poderes y autoridades. A través del muro de su estancia oye á veces dos risas enamoradas, la del sultán y la de otra nueva esposa, que se juntan como reflejos del mismo rayo; pero tanto acostumbró su oído á que condujera infidelidades á su corazón, que el duo amoroso no causa más efecto en su ánimo que la voz de un enlutado mirlo encerrado en jaula primorosa, el cual silba sabiamente de corrido una original canción japonesa.

Saboreando á veces el *chibuka*, otras fumando suave *narguilé*, á veces gustando la *almáciga* para ahuyentar el sabor á tabaco, y tan pronto entornando los ojos para tomar con pereza sorbos de limonada, como entreteniéndose en

perfumarse con esencias, la indolente Aiscé pasa los días trazando con su cuerpo elegantes escorzos en los divanes, cayendo de éstos á los cojines, de los cojines á las pieles, de las pieles á los tapices y de los tapices á los blancos mármoles del suelo, donde aún sigue arrastrándose y adoptando interesantes posturas. Es un cuerpo descoyuntado donde la molicie ha destruído todo vigor y fuerza.

En su desesperada atonía, no halla placer en el infinito cambio de trajes y atavíos, en contemplarse en los juegos caprichosos de los espejos, en hacer desfilar por su cara, con los colores artificiales, todos los tipos variados de la tierra, desde la cobriza de ojos ardientes y labios membrillosos, hasta la rubia hecha con hebras de mazorca y de ojos de azul de zafiro.

Ya no la distraen los bailes de las jóvenes de quince abriles, que hacen sonar en la danza los *tarreños*, columpiando los cuerpos con la indolencia de las mujeres orientales.

La *hanum* se fastidia de la más deliciosa manera, y sometida su imaginación á esfuerzos de inventiva, ocúrrenle las más temerarias ideas, que pugna luego por convertir á la realidad. Poco importaría la vida de una persona si con ella hubiera de reanimarse un tanto su espíritu, como las lámparas de las catedrales con el aceite que las saca de la agonía.

—Estoy cansada, exclama en un callado monólogo, de tener siempre el mismo Stambul delante de los ojos, de ver siempre el mismo Scutari, la misma Galata y el mismo Cuerno de Oro extenderse delante de mí y entremezclarse á las torres de mezquitas y á los esbeltos alminares. El Bósforo sembrado de barquichuelos, los valles con sus huertas alegres y deliciosas, la vegetación cubierta de bandas de iris que rodea quintas y palacios, y los intercolumnios que se extienden dando al cuadro magnificencia, son causa de infinita tristeza para mi alma; y mientras todo ese espectáculo de alegría, las costas de contornos poéticos del Asia, las frescas y lucientes marinas de Mármara, cenadores, kioscos, palacios de mármol deslumbradores, agujas de torres pintorescas, calados de ventanas misteriosas donde las flores de jazmín vueltas al cielo se bañan por la noche de soñolientas ráfagas de luna, plátanos abiertos como abanicos, y pinos que sueñan con las palmeras

atraen y cultivan la atención del viajero subyugándole con tan inusitado esplendor, yo navego con la imaginación hacia otros lugares, y deseo la línea curva de las llanuras, anhelo las grandes soledades del desierto, y aparecen ante mí las yermas planicies donde sólo rompe la pesada monotonía algún árbol sin hojas que llora la ausencia de otros árboles.

Y cuando así habla Aiscé, su vista se derrama por la infinita riqueza de la estancia, que colmaría la ambición de una reina.

Allí están á su vista, en montón brillante, otomanas de las más nuevas invenciones, tapices de infinita variedad, representando escenas galantes ó indolentes; almohadones de todas formas, cojines de todos tamaños, cubiertos por chales deslumbradores; banquetillas; pequeños taburetes; abanicos de plumas de avestruz llenos de piedras preciosas; espejos de mano, adornados de lunas venecianas; cincelados *chibukas* pendientes de los muros; jaulas con pájaros extraños; braserillos para fumar; relojes de misteriosa música; y para hacer armonía con tan regio boato, y lucir como rosa dentro del cristal, Aiscé viste el traje riquísimo de la sultana que forman gorrillo de terciopelo rojo echado sobre la breve oreja; las trenzas en deslumbradora cascada sobre la espalda; sobrevesta de damasco blanco, recamada de oro con mangas de bullón y larga caída abierta por delante; calzón de seda encarnada que baja en anchos pliegues sobre el pie; faja de raso verde ceñida á la cintura, y zapato de punta remangada, que deja ver un inmenso tesoro de delicias. Los diamantes la envuelven en una irradiadora constelación que deja deslumbradas las retinas; lucen en su cuello, en su pecho, en su cintura, en los brazaletes, en las babuchas, orlando sus brazos, su cuerpo, su frente, y relampagueando como estrellas vivas en la selva oscura y hermosa de sus cabellos.

Mientras hace su triste monólogo la sultana, sentada en el centro de un círculo de esclavas circasianas, árabes y persas, la vasta servidumbre cuida de excitar su apetito, y al efecto, extiende sobre rica mesa el pesado servicio de oro. Las servilletas muestran el galón de raso y el fleco de plata; los pebeteros que difunden aroma son de metal riquísimo; las tazas, ánforas, cristales y pipas, se pierden bajo un diluvio de piedras preciosas, y de la mesa baja un

soberbio mantel, que arrastra su pesado fleco de oro por el suelo.

Sin preocuparse de lo que la rodea, Aiscé reanuda su interrumpido monólogo, y protesta en silencio de su fortuna.

No son de su agrado los cuadros que siempre salen á su vista en el jardín, donde los jazmines fingen una ideal nevada de primavera; las estancias de la casa, alegres y graciosas, adornadas de esterillas y chimeneas, le causan la triste sensación del calabozo. Harta está de ver ricas alfombras, tapices de maravilloso tejido; techos con óleos representando flores y frutas; fuentes de mármol, donde se desgranan las alegres gotas, como en su cabeza el collar de perlas negras de su recuerdo; jarrones, macetas, follajes de madreselvas enredados en rejas doradas, y todo el espléndido paisaje del Bósforo colmado de rayos de sol y de alegría.

En su recatada estancia, donde nunca resuena pisada alguna que no sea de otra mujer, ó acaso la del celoso sultán, derrama todas sus penas y dolores y convierte en misterioso confesonario los objetos que en silencio recogen y encierran sus palabras.

Ella ansía la libertad y el amor exclusivo de un hombre, de un esposo; rechaza el dorado cautiverio, porque prefiere la dulce compañía de la familia. Oir cada día la nueva voz de una mujer que le arrebata un pedazo del corazón de su adorado; no sentir el alegre beso de los hijos constantemente sobre las mejillas; consagrar á templo sensual del amor el que debiera ser templo del hogar con todas sus dichas y placeres, anubla y entristece su alma, y la hunde en largas y profundas meditaciones...

Un eunuco anuncia con ceremonia la pronta visita del sultán. Las esclavas huyen entonces con el ruido suave de corzas que se alejan.

A poco, la cautiva recuesta su cuerpo en otomana cubierta de perlas, dejando en sus ojos relampaguear el rayo de los celos, y el sultán clava ambas rodillas, en actitud amorosa, sobre una rica y veteada piel de león.

S. Rueda.

Madrid.

EN UBAQUE

(INÉDITA)

Amo la arrugada tierra
llena de árboles frutales,
y de espumantes raudales
que descienden de la sierra.
Huélgome en rústica estancia,
donde puras alegrías
gocé en los cándidos días
de mi infancia.

Sale el sol, y en la arboleda
que sus rayos abrillantan,
á Dios bendiciendo cantan
toches mil que hojosa hospeda.
Y en la vaga resonancia
de gorjeos y zumbidos,
torno á escuchar los ruidos
de mi infancia.

Toman mis pies la vereda
que entre el plátano sonante
y el chirimoyo fragante,
á trechos borrada queda.
De azahares á distancia
el denso aroma percibo,
y otra vez el néctar libo
de mi infancia.

Orillas del hondo pozo
cama de hojarasca mullo;
ora en las aguas zambullo,
luego en cabalgar me gozo.
Sin cortesana arrogancia
departiendo con labriegos,
vuelvo á las trazas y juegos
de mi infancia.

Vela el sol sus resplandores,
y en la devota iglesita
feliz el labio recita
de la Virgen los loores.
Siento mística fragancia,
y apacibles y risueños
otra vez duermo los sueños
de mi infancia.

M. A. CARO.

Bogotá.

DE VISITA



—Dí, ¿cómo es que no ha salido
tu hija la soltera?
—¿Irene?
está algo enferma...
—¿Qué tiene?
—¡Bah! poca cosa... *un nacido.*

A DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(LEYENDO «LA VIDA ES SUEÑO»)

Cierto que la vida es sueño,
si el hombre va á despertar
en otra vida, y á hallar
el mundo triste y pequeño;
mas es inútil empeño
tener por sueño la vida
si la entrada y la partida
no salen de aquesta tierra;
y acaso don Pedro yerra
y el sueño es la mejor vida.

GUILLERMO PUELMA TUPPER.

Santiago de Chile.

NUESTROS COLABORADORES



D. Alberto B. Martínez

PUBLICISTA DEMOGRÁFICO Y MIEMBRO DE LA COMISIÓN DIRECTIVA
DEL CENSO DE BUENOS AIRES

EL SIGLO DE LAS METRÓPOLIS

El siglo XIX, que tan luminosas huellas dejará en la historia; el siglo de todas esas maravillas que se llaman el telégrafo, el vapor, el teléfono; este siglo que tantas bendiciones ha derramado sobre la humanidad, en forma de inventos y perfeccionamientos para el bienestar individual y colectivo; este siglo puede ser llamado también el siglo de las metrópolis.

Es durante este siglo, que pronto llegará á su término, que han alcanzado su mayor grado de condensación las ciudades que hoy marchan á la cabeza de la civilización.

Londres, que hoy deslumbra con sus cuatro millones de almas y con todas las riquezas acumuladas en su seno, no tenía al principio del siglo 1.000,000 de habitantes. París, ese mundo, como lo llaman sus admiradores, apenas tenía 600,000. Nueva York, la *imperial city*, era una nebulosa de 60,000 habitantes. Hoy tiene 1.300,000. Chicago, ese coloso que «levanta á orillas del lago Michigán su cabeza orgullosa ante la mirada atónita de propios y extraños,» aún no había nacido: nació en 1840. Buenos Aires, que hoy tiene más de 420,000 habitantes, tenía escasamente 45,000.

Así nacen y así se condensan las ciudades, sin que haya poder humano capaz de detener su acrecentamiento. Isabel, la virgen estrella, el astro de occidente, como la llama Shakespeare, alarmada, en mil seiscientos y tantos, por el crecimiento desmedido que ya tenía Londres, que alcanzaba entonces á 600,000 habitantes, prohibió que se aumentase su población, imitando á la asamblea francesa que en un momento de alucinación decretó la victoria, ó al protagonista del cuento que decía: *¡Mar, de aquí no pasarás!*

Al siglo XX, cuyas claridades ya vislumbramos, está reservado aún contemplar en su mayor apogeo la obra del siglo XIX: estas grandes aglomeraciones humanas que se llaman ciudades, dotadas de todos los órganos que los progresos de la ciencia, los adelantos de las artes, los refinamientos de la civilización y el trabajo acumulado de muchas generaciones, han creado para el bienestar físico y moral del hombre. Dentro de cincuenta años, en 1938,

según los cálculos más modestos, Londres tendrá 8.000,000 de habitantes; París, 4.900,000; Nueva York, 2.736,000 y Buenos Aires 1.454,000.

Y si el crecimiento desmedido de las metrópolis sigue; si la gran atracción que, como los grandes cuerpos en el espacio, ejercen las ciudades, no se interrumpe, ¿cuál será la suerte de los pueblos del campo? ¿En qué proporción se encontrarán el elemento urbano y el rural? ¿Será benéfica ó perjudicial la ruptura del equilibrio que debe reinar entre los dos elementos de una nación? Tócale al siglo XX la solución de estas cuestiones. Por hoy, la estadística proclama por todas partes con su voz elocuente: ¡las ciudades se agigantan y las campiñas se despueblan!

ALBERTO B. MARTÍNEZ.

ENTRE SUEGROS

—¿Conque es cierto que Eleonora?...
—A mi hijo Carlos adora,
y con frase ruda y franca,
de esa niña seductora
pido á usted la mano blanca.
—¡Audacia tal!...
—Le suplico
que se explique sin rebozo,
pues sin rebozo me explico.
—¡Eleonora es rica!
—¡Rico
como un nabab es el mozo!
—De su riqueza no infiero
la razón de haber osado
ni aun mirarla, caballero.
¡Mi hija es noble!
—Mi heredero
es más que noble... ¡es honrado!
—Cuando sea usted mi igual,
tratar podremos los dos
de esa unión matrimonial.
—Y... ¿qué es usted?
—¡General!
—¡Pues yo también, vive Dios!
—A antiguo merecimiento
debo el serlo, y no es de ayer
que altivo mi faja ostento...
—Yo lo soy... *de nacimiento:*
me *fajaron* al nacer.

CASIMIRO PRIETO.

EL AGUA DE HIERRO

CUENTO MEDICAMENTOSO, POR APELES MESTRES



—Doctor, estoy perdidamente anemico; ¿conoce usted algo que pueda devolverme las fuerzas?

—El agua de hierro, amigo mío, el agua de hierro.



Llegado á su casa, el anémico echa en una botella los mejores y más acerados clavos.



Y observa lleno de fe como se va enriqueciendo el agua con las doradas partículas del óxido.



—Venga, pues, la primera toma... y hágase el milagro.

—¡Rayos y truenos! ¡me he tragado un clavo!



—¡Doctor, vea usted qué catástrofe! ¡No hay salvación para mí!



—¡Si la habrá! Me asalta una idea luminosísima... Aguarde usted unos segundos...



—¡Eureka! Levante usted la cabeza y abra de par en par esa boca.



Y metiendo por ella el imán, hace el sabio doctor que el clavo salga solito de las profundidades abdominales.



—¡Cuando uno es sabio de veras!... Y á propósito, ¿á qué Academia le mando yo este clavo?

ANHELOS

A. S. Y.

Quisiera cantarte canciones
de gloria y de amor,
de aquellas que el alma tan sólo concibe
y nunca la mano escribió.

Quisiera cantarte el poema
de mi honda pasión,
nacido á los besos de luz de tus ojos
y al himno inmortal de tu voz.

Entonces, qué cosas divinas
dijérate yo,
y cómo á tu seno, cual ave á su nido,
volara mi dulce canción.

Tú, atenta, la frente inclinada
con casto rubor,
oirías mi acento, cual onda gigante
rodar en tu fiel corazón.

Después, silenciosa, en un éxtasis
de dicha y de amor,
quizás con tus brazos mi cuello ciñeras
y en mí contemplaras tu dios.

Quizás de la gloria!... no, todo
es vana ilusión!
Ya rotas las cuerdas están de mi lira
y sólo me queda mi amor.

D. D. Martinto.

Buenos Aires, 1888.

HUMORADA

Llevad el encanto
del santo matrimonio á lo ultra-santo,
y no tengáis empeño
en hacernos creer que el que se casa
tiene una cama grande, en la que pasa
más horas de fastidio que de sueño.

Ramón de Campoamor.



UNA TRIFULCA DE ANTAÑO

(1714)

Apenas hacía unas horas que los mayordomos del Real Fuerte habían amortajado al coronel de los reales ejércitos don Alonso de Soria y Arce, cuando ya estaba revuelto el pandero por los que pretendían sucederle.

En la plaza Mayor, en el atrio de San Francisco y en el de Santo Domingo, discutían y se iban á las manos, capitanes y magistrados, oidores y cabildantes, soldados y paisanos, frailes y legos, beatas y monaguillos.

—¡Que el sucesor debe ser el alcalde de primer voto don Pablo González Cuadra, porque es el gobernador de la ciudad!

—¡Váyase su señoría al diablo con el señor alcalde! quien debe gobernarnos es el mayor Bermúdez.

—¡Sí, con la boca de los cañones! ¡Que san Francisco confunda á su paternidad!

—No, señores; mal que pese á oidores y fiscales y á todo el Cabildo junto, gobernará el capitán Barrancos; el pueblo lo quiere, aunque los jesuitas chillen.

—¡Maldición al hereje!...
—No embrome la beata liviana.
—¡Jesús, María y José!...
—¡Viva el capitán Barrancos!

Y por este jaez eran los diálogos que agitaban los barrios más poblados de la real Villa, capital de la Capitanía General del Río de la Plata, allá por el mes de Mayo del año de gracia de 1714.

Tres partidos se disputaban la silla del gobernador: el pueblo, es decir, la gente del suburbio, que sostenía al capitán don Manuel Barrancos, jefe de la caballería, era el partido más numeroso; contaba con los mestizos, cholos y naturales, y tenía el simpático apoyo del bello sexo de las zambras que se armaban por las noches en los arrabales de aquellos tiempos.

Los frailes dominicos y franciscanos estaban de parte de don José Bermúdez, sargento mayor y jefe de la artillería de la plaza.

Y por último, los jesuitas, que esta vez estaban de parte del Cabildo, porque la mayoría de los cabildantes les pertenecía, sostenían al alcalde de primer voto don Pablo González Cuadra.

Próximos á irse á las manos los tres partidos, que se odiaban cordialmente, cada uno habíase provisto de espadas y rodelas, de pistolas y arcabuces, y armados hasta los dientes los mismos frailes tomarían parte en la refriega, á excepción de los expertos hijos de san Ignacio, que, aunque vivamente interesados en hacer triunfar su candidato, contentábanse con *hacer colita* á las gentes del Cabildo y guardábanse de la trifulca bien guarecidos entre los gruesos muros de sus claustros.

En esta situación, surgió la proposición anónima de un avenimiento, y todos buscaron árbitro en el oidor de la Real Audiencia de Sevilla, don José Mutilóa y Anduesa.

Pero el togado arbitrador, debido probablemente á su larga práctica de manejar autos y memoriales y de brujulear en los casos graves, cuerpeó que fué un gusto á la comisión de arreglar á los disidentes.

Era el licenciado Mutilóa y Anduesa un tangenteador de nota, con más recovecos que casa antigua y más escamas que pejerrey. No sabía decir, no, ni sí, y entre lo blanco y lo negro, estaba siempre por las medias tintas, como entre

mezclarse en la trifulca y estar por Bermúdez, Cuadra ó Barrancos, estaba por lavarse las manos como Pilatos.

En vano le manosearon los jesuitas con todo género de exhortaciones y reflexiones; en vano dominicos y franciscanos lleváronlo á sus conventos respectivos y le hicieron comer pavos y lechones, beber sendos tragos de vino de la tierra y engolosinarse con confituras de Mendoza y del Paraguay; en vano también nuestro capitán Barrancos y sus oficiales le rodearon y proclamaron: el oidor no daba á unos más esperanzas que á otros, y después de tener por muchos días y noches los memoriales y alegatos de los tres bandos, aquel hombre cauto, precavido y prudente, se les escapó de los dedos á los litigantes y renunció el cargo de resolver tan empeñada y difícil contienda. El oidor era cuerpeador en regla; quería sacarse el lazo y se lo sacó, dejándolos á todos con un palmo de narices.

—¡Pero, señor licenciado, vuestra honorabilidad nos deja en el mismo estado que antes!

—Resuelva vuesa señoría por Cuadra.

—No, señor licenciado, resuelva por Bermúdez.

—¡Que no! ¡Por Barrancos!

El licenciado persistía en que lo mejor era no comprometerse, y como los tres pretendientes le siguieran acosando con igual empeño, suspiró, levantó las manos al cielo, les habló de la bondad divina, y concluyó recomendando á los tres litigantes que pusieran la resolución de su pleito en manos de su señoría ilustrísima fray Gabriel de Arregui, obispo de esta diócesis.

No buscaban ni querían otra cosa los dominicos y franciscanos y sus correligionarios, y antes que el voto adverso del oidor les quitara razón, optaron por la indicación del nuevo árbitro.

Lo aceptaron también los jesuitas, contando con embrujar y magnetizar el ánimo del señor obispo, y por no ser menos y por demostrar su carácter fanfarrón y resuelto, lo aceptó el capitán Barrancos, haciéndose esta reflexión entre sus íntimos partidarios:

—Si por buenas me hace gobernador el obispo, por buenas seré gobernador; pero si se decide por Bermúdez ó por Cuadra, con mi lanza y mi gente agarraré yo la sartén por el mango.

El capitán entraba en el arbitramento con toda la espe-

ranza con que entra un jugador en una partida de naipes.—Si la suerte me favorece, que la suerte me aproveche; si la suerte se me escurre, manotón á la plata y mano á la espada.—Lo mismo que él reflexionaban bermudistas y cuadristas. Así era la buena fe á principios del siglo XVIII.

Encerróse el obispo á deliberar en el coro de la catedral con muchas reservas y misterios. En vano el superior de la Compañía se filtró en el escondite para explorar el ánimo de fray Arregui. Era éste dignidad que no soltaba lo que pensaba á dos tirones, y hubo de volverse á su cueva derrotado el jesuita mayor. En vano también se colaron á confesarse con el obispo dos ó tres mozas de las más rozagantes de la pascana del capitán Barrancos. Íbansele los ojos al obispo por aquellas frutas pintonas y más sabrosas que las de la huerta de la catedral, pero supo resistir á las tentaciones su mitrada dignidad y el capitán Barrancos salió burlado en su intentona.

Pero era necesario laudar y laudó el obispo en favor del mayor Bermúdez, candidato de sus hermanos los padres dominicos y franciscanos. Y ya debía ser ejecutado el fallo y ya echaba mano al bastón el mayor Bermúdez con grande aplauso de frailes y monjas, de beatas y monaguillos, cuando como una legión de demonios, cabalgando sobre corceles infernales, entró en la plaza Mayor el capitán Barrancos con su regimiento, desbarrancando todo lo que encontraba por delante. Los perros corrían ladrando por las cuatro esquinas de las calles; los cuartejos en que se vendían ropas y menudencias se cerraban: y por cerrar muy ligero su dueño la puerta de la calle de uno de ellos, quedó prendido de sus gregüescos el alférez real del lado de fuera, y con el julepe de los tiros y sablazos que la gente de Barrancos administraba, pujó y tironeó tanto, que allí dejó toda la parte posterior de sus prendas, y metiéndose de bruces en la catedral en tan miserable y deshonesto estado, escandalizó á las devotas y á las beatas que se habían guarecido en sus naves.

Corría la gente por las aceras y se echaba á vuelo la campana del Cabildo. Salió en vano el obispo con palio fuera de la iglesia, y levantando en alto la custodia trató de detener con ella el ímpetu que traían los jinetes; pero fué vano empeño el del obispo, y muy pronto pudo convencerse

de que el mejor procedimiento era ganar la catedral con familiares y monaguillos, y lo hizo, no sin pena y sin atropello.

Entretanto, el Cabildo cerraba sus puertas de madera tachonadas de clavos y de herrajes, y el mayor Bermúdez, gobernador electo, convencido de la imposibilidad de contener á Barrancos y á sus jinetes, ganaba el Fuerte y se clausuraba detrás de los cañones con cuatro capitanes y unos pocos soldados más muertos que vivos.

Barrancos, entretanto, cabalgando en un lobuno fogoso y crinudo, con su buena tajante de Toledo en la diestra y vestido con todas sus armas, veía como la plaza había quedado en un segundo limpia de enemigos, que habían huído aterrados, ni más ni menos que un enjambre de moscas espantadas de un pastel.

Tronaron en tanto los cañones del Fuerte contra la ciudad; pero quien recibió las balas fué la Audiencia y el Cabildo, donde oidores y concejales andaban á salto de mata por las paredes de los fondos. Bermúdez y sus artilleros trataban de amedrentar al audaz Barrancos, pero éste no quería otra cosa para que Cuadra y los jesuitas se julepeasen más de lo que estaban, pues de rendir á Bermúdez él se encargaba. Si no se comía los cañones, lo que es en el Real Fuerte no iba á encontrar los pavos y los lechones de San Francisco y de Santo Domingo.

Llegó la noche, y Barrancos, acampado en la plaza Mayor y en las plazuelas de San Francisco y Santo Domingo, festejaba su triunfo con zambras y canciones alrededor de grandes fogones, á cuya luz bailaban las parejas de mozas y soldados, mientras que los caballos desensillados relinchaban alegremente como tomando parte en el festín.

Pero metió la pata la Audiencia de Charcas y obtuvo de ella favorable resolución Bermúdez, después de haber tenido que rendirse de hambre al capitán vencedor; hasta que el Consejo de Indias, donde en vano fueron los jesuitas con empeños é intrigas, confirmó legalmente la victoria de Barrancos, aprobando plenamente su proceder.

¿Y cómo podía resolverse de otro modo ese pleito? A los nueve meses de esta trifulca, la crónica cuenta que el capitán Barrancos tuvo veinte descendientes, diez varones y diez mujeres, y sus soldados otros tantos por barba.

Quienes así concurrían á labrar la grandeza y la población de los dominios de su rey y señor, ¿no eran más dignos de vencer en la trifulca que los estériles y célebres partidarios del mayor Bermúdez y del alcalde Cuadra?

LUCIO V. LÓPEZ.



EPIGRAMA

—¿Que son absurdos los *coros*?
—¡Y tan absurdos, Miguel!
¿te parece verosímil,
si quieres lógico ser,
que digan, á un tiempo, tantos
la misma cosa?
—¡Pardiez!
¡pues no ha de ser verosímil!
¿y las mujeres? ¡pues qué!
en hallándose reunidas,
¿no hablan todas á la vez?

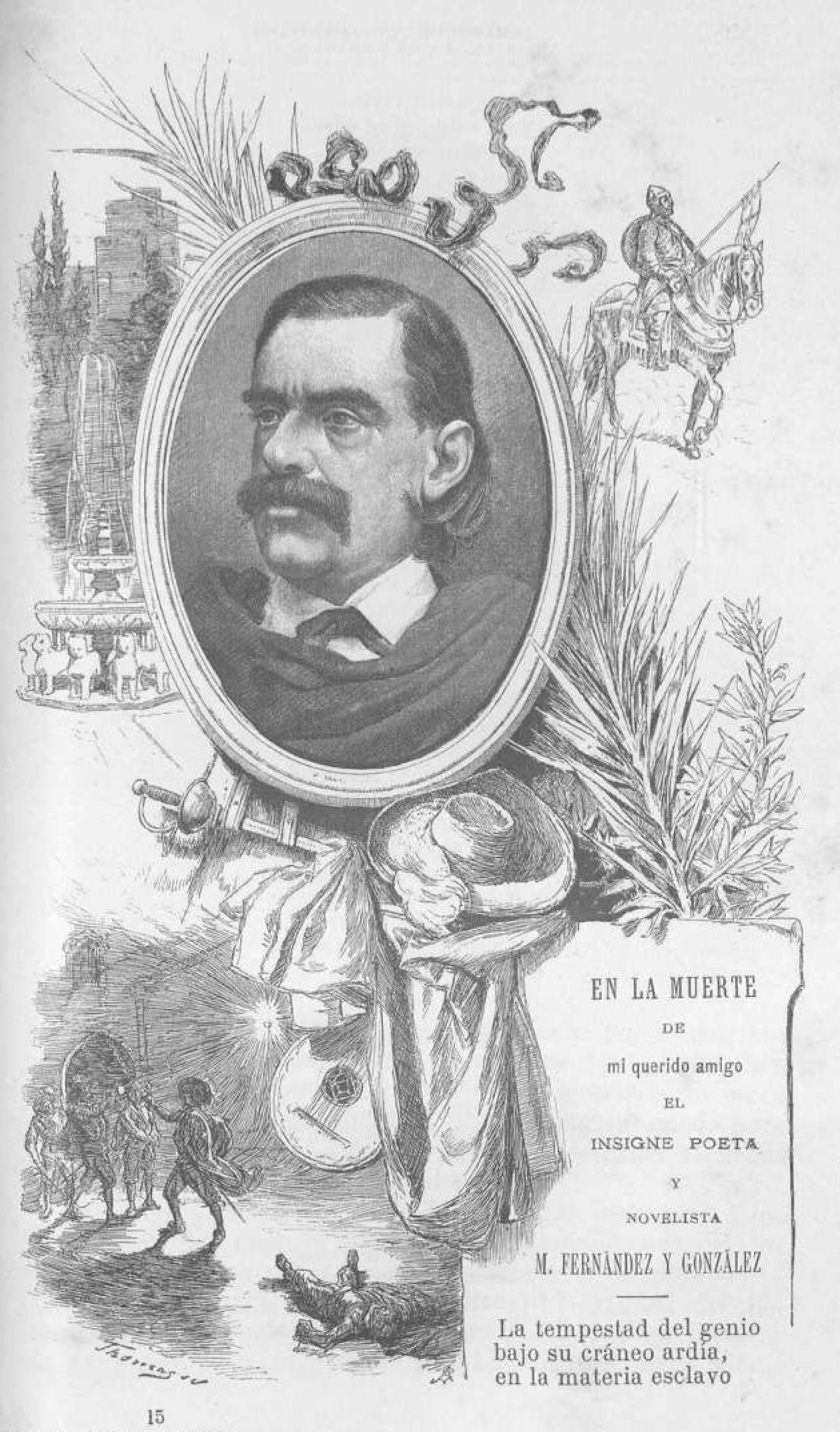
UN RECIBO



—¿Y el recibo de aquel duro
que te he prestado, Miguel?
—Como no tengo papel,
lo he extendido en este muro.
Oye, dice lo siguiente:
Soy en deber á Melchor
un duro, que al portador
pagaré de la presente.

CANTAR

No te envanezcas al ver
en el espejo tu hechizo,
que las canas vienen pronto
y es sólo puro *espejismo.*


EN LA MUERTE
DE
mi querido amigo
EL
INSIGNE POETA
Y
NOVELISTA
M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ
La tempestad del genio
bajo su cráneo ardía,
en la materia esclavo

su espíritu vivía,
y de esta pobre cárcel
extraño habitador,
pasó por el proscenio
de la mundana escena
como las olas pasan
sobre la roja arena,
y sobre el lago inmóvil
el viento bramador.

—

Vestigio de una raza
que sepultó el olvido,
buscando entre las piedras
del templo derruído
los venerandos restos
de la perdida fe;
ó en la desierta plaza
de la ciudad moruna
resucitando espectros
al rayo de la luna,
y haciendo más glorioso
cuanto glorioso fué.

—

Yo le admiré de niño
con entusiasmo ardiente,
y en silenciosa ofrenda,
como hacia el mar la fuente,
á él iba la ternura
de mi alma juvenil:
acaso ese cariño
fué imán de mis cantares,
por eso vuelvo en quejas
al turbio Manzanares
las risas que otro tiempo
debimos al Genil.

—

¡Sonámbulo sublime!...
¡reposa en paz! ¡no has muerto!
rasgada está la niebla
de tu destino incierto,
y ver puedes tranquilo
cumplida tu ilusión;
la patria te redime
de olvido y de abandono;
las musas tejen flores
para adornar tu trono;
la fama es tu sudario;
tu incienso la oración!

Manuel del Palacio.



UN DIABLO TÍSICO

I

Antaño, cuando el Perú estaba gobernado por la patriarcal autoridad de los emperadores, diz que éstos trabajaban por sí mismos en favor de los pueblos, y atendían de cerca las necesidades de los súbditos, cosa que ogaño quedó para contado de indirecta al señor presidente y máxime al señor ministro.

Así, pues, con todo ese entusiasmo que distinguió á los fundadores del imperio peruviano, emprendió uno de los Incas, aunque no sabré decir con fijeza cuál de los antecesores de Atahualpa, la obra de dotar á la ciudad del Sol con una corriente de agua que, principiando en los linderos de Chinchero, atravesase el Sacsaí-Huamán y descendiese

á la plaza Mayor por la parte más escabrosa, y para el efecto comisionó á los principales *Curacas*, encargándoles la inmediata vigilancia y realización de la apertura de una acequia ancha.

Al siguiente día de este mandato, se encontraban diez mil indios, con sus respectivos Curacas ó guardianes, ocupados en la obra, que hoy demandaría proyectos, comisiones, vista de ojos, ingenieros norte-americanos, *ingeniosos*, y sobre todo, mucho producto del guano de «Mauricio.»

Hallábanse en lo más arduo del trabajo los entusiastas operarios, cuando presentóse un personaje á hacer lo que muchas veces hacen nuestros congresos: oponerse á la obra y pedir interpelaciones.

El presentado era un ser misterioso, en cuyo semblante, tísico y ceniciento, relumbraban dos ojuelos de gavilán, y cuya mirada producía el mismo efecto desagradable que hoy sentimos á la vista de un acreedor que rechaza los nunca bien despreciados billetes. Su voz atiplada y moribunda penetraba hasta la médula de los huesos, causando horrible crispatura en los nervios de sus desgraciados oyentes, dejándoles, además, cosquilla de agujillas.

Y aquí punto; pues bástanos lo dicho para que los lectores juzguen de las demás cualidades del sujeto.

Y ahora repitamos lo que dijo, dirigiéndose á uno de los Curacas, y alzando lo mejor que pudo su desagradable vozarrona:

—Yo soy *Ccorcca-Apu*, dueño y señor de esta comarca, y soberano de los montes y cordilleras. Estas aguas, que manos atrevidas quieren llevarse al pueblo donde abundan mis enemigos, son propiedad mía y nadie podrá arrebatármelas, pues una maldición lanzada por mi boca bastaría para derruir la obra de tantos hombres.

—*Ccorcca-Apu*, respondió el Curaca interpelado, quien quiera que seas, yo te ruego en nombre de mi soberano, que dejes pasar estas aguas, y á trueque, pídeme lo que quieras, que al punto satisfaré tus deseos.

—Condescenderé por tu soberano, contestó *Ccorcca-Apu*; yo bien sé que el nombre de las autoridades justas y paternales es respetado hasta en el imperio del mal, y por ello cederé; mas, á mi vez, exijo en cambio una doncella perteneciente á la nobleza del reino. Estoy condenado á vagar víctima del enflaquecimiento y de una pasión maldita,

mientras no respire el aire helado de estas mis cordilleras y goce de las caricias de una noble.

—Mañana la tendrás, ¿qué no se puede en la vida? ofreció el Curaca. Y fuése camino del Cuzco.

Allí sedujo á una pobre doncella india, hija segunda de Pollí-Auqui Fitu, llamada Illa-Suya, la que se ofreció al sacrificio en aras del bien de la patria. El Curaca vistióla con ropas finas, adornóla con atalayas, llevóla á Apu, el que, dándose por bien servido, dejó que las corrientes de las aguas se precipitasen por Sacsaí-Huamán, llegando á la plaza Mayor.

II

Tres lunas habían recorrido la esfera, cuando, no sé merced á qué circunstancia, descubrió Apu que Illa-Suya no pertenecía á la nobleza y que había sido engañado por el Curaca.

En aquel momento lanza una maldición, cuyo eco repercutió en la montaña; el curso de las aguas varía su dirección para no correr más hacia el Cuzco; el Curaca recibe el castigo de su fraude siendo convertido en un enorme peñón, y la infeliz Illa-Suya es condenada á vivir colgada por sus hermosas trenzas del tronco de un árbol.

La pobre imploró, á su vez, el auxilio de Pacha-Camac, y sus lágrimas merecieron gracia de él y Apu tuvo la misma suerte que el Curaca, quedando ella libre de su terco y cruel amante.

III

Aun hoy se alzan, desafiando los tiempos, dos gigantescos peñones sobre la cima del cerro contiguo al Sacsaí-Huamán, que los descendientes de Manco designan con los nombres de *Ccorcca-Curaca* y *Ccorcca-Apu*.

También existe la acequia derruída, por cuyas ruinas hemos paseado, y es fama que los jóvenes amantes iban á depositar sus quejas al lugar donde sufrió el cautiverio la desventurada Illa-Suya, cuyo amante, según los conquistadores, diz fué *un diablo tísico* salido á mudar de tempera-

mento en la sierra del Rodadero, y que volvióse al averno después de aquella pequeña repunta.

Al menos como tal, lo consignó en un cartapacio don Miguel Antonio de la Coruña Solís, y si falto al *octavo*, suya será la culpa, que yo, aquí, me lavo las manos.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.



EPIGRAMA

—¿Las ligas que te compré
mostraste, infiel, á Gonzalo?
—Y esto ¿qué tiene de malo?
sí, señor; se las mostré.
—Pues bien claro manifiestas
que no te importa el decoro,
porque el caso es que no ignoro
que se las mostraste... puestas.

UNA VIRTUD



—¡No me siga usted más!
—¿Te desagrada
mi figura, tal vez, y en vano lucho
por conseguir ¡oh cruel! una mirada?
—¿Su figura? ¡eso no! mas... soy honrada,
y á decir la verdad... ¡lo siento mucho!

EPIGRAMA

—¿Quieres este pantalón?
roto está, pero diluvia
y en estos casos, bien puede
pasar...
—No lo pongo en duda.
Y tú toma este paraguas,
que aunque lleno de roturas,
del mismo modo es pasable
en días, como hoy, de lluvia.



MANOS DE SERAFÍN

«¡Si supieras, me escribía,
cuando se casó, Raimundo,
qué suerte loca la mía!
¡un ángel es mi María,
si hay ángeles en el mundo!

»Sus ojos, donde el candor
se refleja, y la bondad,
tienen, por brillar mejor,
del día la claridad
y de la noche el color.

»Su voz parece el arrullo
de enamoradas palomas,
pues suena como un murmullo,
y su boca es un capullo
lleno de suaves aromas.

»Jamás la oirás exhalar
ni una queja en sus agravios,
y es que su ser al formar,
Dios hizo sus rojos labios
tan sólo para besar.

»Y así, cuando sin rigores,
me provoca á mil excesos,
su boca, de mis amores
templa los dulces ardores
como una ánfora de besos.

»Aunque la cause una pena,
jamás me mira ceñuda:
su mirada, de amor llena,
sigue brillando serena,
no como espada desnuda.

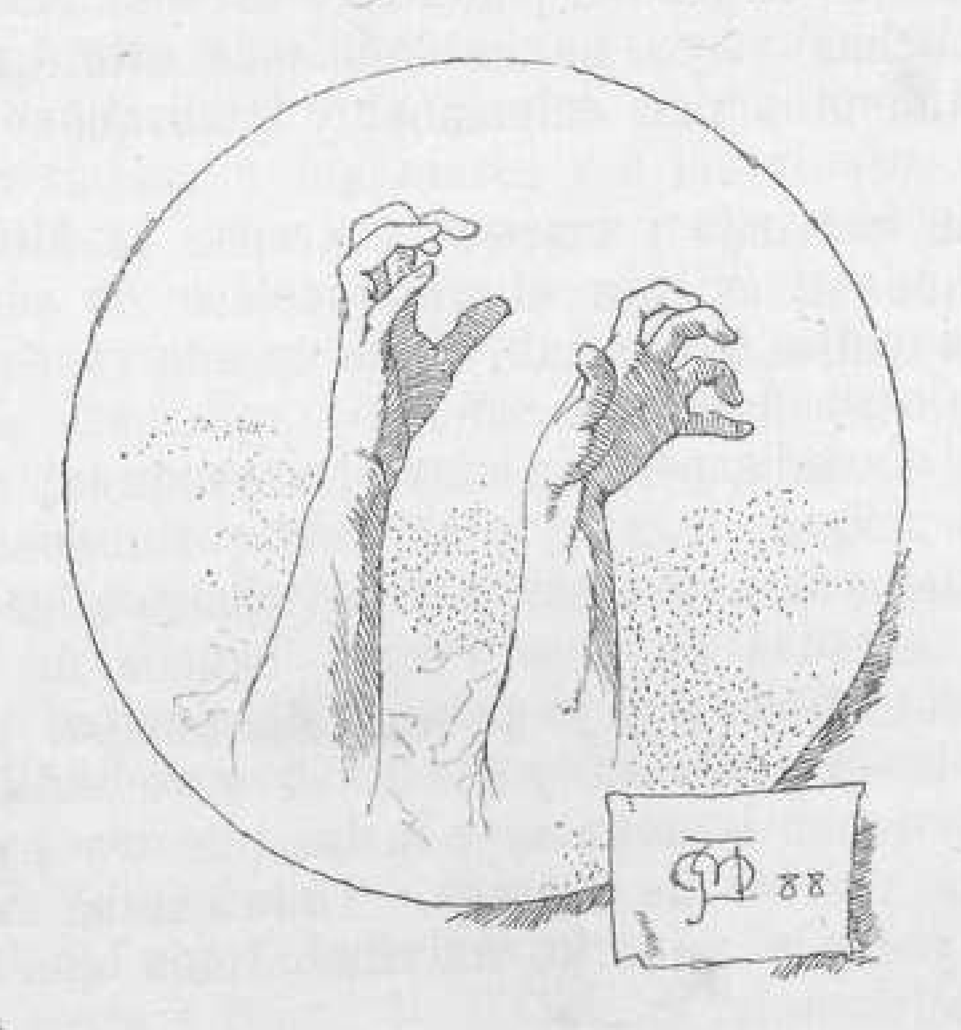
»Cuando su mano nevada,
para acariciar formada,
entre las mías se posa,
como blanca mariposa
que pára el vuelo, agitada;

»Bendigo á Dios, pues no en vano
colmó mis ansias y anhelos,
permitiendo á un triste humano
besar la divina mano
de un serafín de los cielos.»

. . . .

Ha pasado un año; ayer
hallé á Raimundo, y al ver
su rostro algo ensangrentado,
le dije:—¿Quién te ha arañado?
y contestó:—¡Mi mujer!

CASIMIRO PRIETO.



LA VOZ DE DIOS

Llegué á Ginebra enfermo y con esa tristeza íntima que imprime al espíritu una salud profundamente alterada.—Los encantadores paisajes del lago Leman, las aguas cristalinas de ese caudal diáfano, como la luz, no despertaban en mi alma más que el sombrío sentimiento del contraste entre esa naturaleza espléndida de vida y vigor, al lado de mi exhausta existencia.

Todas las sombras, todas las tinieblas de la desesperación obraban sobre mí; mi soledad, mi aislamiento me hacían sufrir un estremecimiento glacial.—La promesa de morir pronto, pero en mi tierra, en el seno de los seres queridos, hubiera sido para mí la bendición de un poder divino.

Pinto mi estado tal cual era, porque es necesario saber hasta qué punto había llegado el decaimiento de mi espíritu, para comprender qué poder inmenso tenía la fuerza que lo levantó.

Cuando llegó la tarde, la triste hora de los recuerdos para el viajero solitario, supe que en una iglesia, la catedral de San Pedro, había esa noche un concierto de órgano.

La música es la pasión poderosa, invencible que domina en mí; muchas veces ha hablado más alto á mi alma que otros sentimientos más humanos, y generalmente más violentos.

Tomé un carruaje y empecé á trepar la altísima colina sobre la que se asienta el viejo coloso de piedra, recorriendo las calles solitarias, como sucede en todas las ciudades religiosas el día del Señor.

La iglesia estaba perdida entre las sombras; al entrar en la nave principal, vaga y débilmente iluminada por una pequeña lámpara, noté unas cien personas, silenciosas como sombras, sentadas en esos largos bancos de madera de donde el protestante oye la palabra del pastor.

La iglesia es inmensa y de un severo estilo; grandes arcadas sostienen la cúpula, y la luz penetra por inmensas rosáceas de vidrios de colores. Todo estaba sumido en la oscuridad, y desde mi sitio adivinaba más bien que veía la grandeza del templo.

Hay algo grande y solemne en el grave silencio de una iglesia protestante; la desnudez de las paredes, la ausencia completa de la ornamentación que distingue al culto católico, predispone el espíritu á ideas severas, á pensamientos altos y serenos.

En el fondo del alma se despierta y toma vida el germen del sentimiento religioso; el espíritu se serena, se siente que sobre nuestras cabezas se cierne algo superior á nosotros, una voluntad más poderosa, una inteligencia más intensa, y cuando el pensamiento se satura de esa atmósfera sagrada, se hinca la rodilla, pronunciándose el nombre de Dios.

Esa noche más que nunca hubiera deseado orar, pegar mi frente contra la tierra é implorar la calma para mi espíritu.

Como el poeta, «arrodillé ante Dios mi corazón,» y si mis labios no murmuraron la plegaria perdida en la memoria, el voto íntimo y mudo de un hombre que sufría subió hacia el cielo.

Como el vago murmullo de cien almas que nacieran á la vida, como el preludio divino que acompaña en el corazón del hombre el despertar de la esperanza, un acorde suave y prolongado vino de pronto ondeando hasta mi oído.

El órgano sonaba.

¿Qué tocaba? No lo sé, ni en ese momento me importó saberlo. Eran admirables armonías, como sólo salen de ese instrumento excepcional que parece haber arrancado á la tierra y á los cielos, á los mares y á los vientos todos sus misteriosos ruidos, todas sus lamentaciones, todos sus quejidos. El alma de la Naturaleza parece vivir allí; y tras la ráfaga impetuosa que se desborda en una armonía terrible que sacude la atmósfera como un golpe eléctrico, viene el canto lejano de un coro dulcísimo, como si los ángeles, temerosos de los ruidos de la tierra, desplegaran las alas y se alejaran en pausado vuelo cantando los amores de los cielos.

¡Oh horas sagradas! ¡Cómo se agitaban las fibras de mi alma embalsamada por esa música divina! ¡Cómo comprendía mi espíritu el lenguaje de ese órgano, que tenía dentro el alma de la Naturaleza!

En la callada soledad de un templo, lejos de la patria, lejos de la alegría y lejos de los cielos, ¡cómo tomaba esa

música santa la voz de la esperanza para mostrar á los ojos cansados por el insomnio, los cuadros benditos del hogar, en que la madre ora y la amada espera!

Como si todo se agrandase alrededor, los grandes cariños crecen y los recuerdos adquieren la intensidad de una visión.

Los sueños toman vida; las fantasías que ayer se dibujaban vagas como nubes en el espíritu se coloran y se condensan, mientras figuras blancas y luminosas pasan sonriendo, guiadas por niños angelicales, por sendas color de cielo!...

Y el órgano suena siempre, tan pronto terrible y majestuoso como la voz soberana de la tempestad en las montañas, ya tenue y delicado como un canto de adiós en la tranquila soledad de los mares. Luego... todo ha pasado; gritos de lucha, cantos de amor, himnos de gloria. Los que han caído en la batalla de la vida, yacen helados, pálida la frente y yerto el corazón. Un eco resuena, y el tristísimo cantar de la caída se levanta de las ruinas del dolor.

Todo gime, todo llora, como en el día terrible; la luz ha huído del cuadro de muerte, las tumbas se han abierto y las aves negras cruzan los cielos; todo gime, todo llora...

¡Salud, aurora divina que te anuncias en la armonía sonora de la esperanza! ¡Salud, luz diáfana, días serenos, cielo azul, lagos transparentes! La vida empieza á palpitar, las plantas se estremecen, los pájaros lanzan al viento sus notas vibrantes y el espíritu del hombre comienza á serenarse, mientras la fe renace en el corazón.

¡Salud, aurora de la esperanza!

Tú vienes trayendo la paz y esparces á tu alrededor la armonía, que es tu esencia.

¡Salud, salud mil veces, aurora de la esperanza!

. . . .

El órgano calló un momento; entonces levanté la cabeza que había tenido entre mis manos. La misma calma, el mismo silencio solemne reinaba en el templo. Sólo una que otra mujer orando y algunos hombres perdidos en la sombra, inclinados profundamente sobre el oratorio, revelaban que la ráfaga divina acababa de pasar por allí.

¡Cuántos dolores, cuántas amarguras habrían caído al fondo de esas almas, para hacer lugar á los dulces recuer-

dos que dormían y que venían á la vida evocados por una voz mágica!

En esos momentos solemnes, el vínculo humano se estrecha entre los hombres; sin hablarse, los espíritus se comprenden y las notas perdidas del sentimiento individual se unen y se estrechan para formar una armonía única y sagrada.

El alma es siempre igual, porque los dolores de la tierra son siempre los mismos; el sufrimiento modela el corazón...

El órgano ha vuelto á hablar. Es un preludio delicado, es un aire conocido que viene al oído como la voz de un viejo amigo. Es la meditación de Gounod sobre un quejido de Bach.

Dejad volar al cielo esos cantos de paz; han pasado cerca de nosotros, se han empapado en nuestra vida y llevan el sello de nuestro espíritu.

¡Dejadlos volar!

No, los cielos no están vacíos. De onda en onda, estremeciendo el aire á su paso, sacudiendo la atmósfera imperceptiblemente, esos cantos llegarán á los cielos, porque son hijos pródigos que vuelven al hogar de la gloria eterna.

No importa que sean dirigidos á un fantasma de la fe; desde la plegaria del salvaje, hasta el quejido del filósofo, toda oración llega al seno de Dios!

¡Dejad pasar esos cantos que derraman en el alma la paz celeste!

. . . .

Vengan numerosos los años sobre mi cabeza, ó baje pronto bajo la piedra helada, jamás se borrará de mi memoria el recuerdo de esa noche inolvidable.

Había entrado en el templo agitado, triste, lleno de siniestros pensamientos: salí tranquilo, sereno, soportando los sufrimientos del cuerpo con valor, con resignación.

Una nueva vida parecía abrirse ante mí mientras bajaba la colina; mil proyectos color de rosa nacían unos tras otros en mi espíritu.

¡Había recibido el bautismo de la esperanza!

¡Había hablado con Dios!

MIGUEL CANÉ.